

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas Modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó

de Crochet. Precio de la suscripción 6 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—Advertencia.—Revista de teatros.—Modas de París.—Esplicacion de los figurines.—Estaban verdes. Historia de unos amores, por D. Agustin Bounat.—Londres, por D. Eugenio de Ochoa.—En un Album; poesía por D.^a María del Pilar Sinués de Marco.—La modista, conclusion.—A la primavera. Por D. José Selgas y Carrasco.—Apuntes de un diario de mis viajes por Italia, por D. J. M. de Goizueta.—Una novia de provecho, por D. Victoriano Martinez Muller.—Revista de Madrid, por Mobellan.—Una perdicion, poesía.—Nuevo manual de señoritas.—Sinónimos castellanos, por D. Manuel Breton de los Herreros.—La Hipocresia del vicio, por el mismo autor.—La Cruz de los suspiros, por Martinez de Rosas.—Letrilla, por Martinez Muller.—Anuncios.—Geroglífico.

LÁMINAS.—Figurines para vestidos de señoras.—Gran lámina de tapicería en colores.

ADVERTENCIA.

Por una inadvertencia de los cajistas ha sido alterada la colocacion del artículo del Sr. D. Félix Talegon de Santiago, titulado, LA MODISTA, el cual debe leerse la parte que damos en nuestro número de hoy antes de la publicada en el cuaderno del mes anterior.

REVISTA DE TEATROS.

Balon.—El pacto del hambre, drama en cuatro actos.—**Circo.**—El Marqués de Caravaca.—Estebanillo, zarzuela.

Aunque el hambre no ha necesitado nunca de pactos para ser achaque de todos los tiempos, ello fué que, segun fama, allá á mediados del

pasado siglo formóse en Francia una sociedad anónima que se propuso especular con los estómagos de sus compatriotas monopolizando la venta de los granos. Poco estendido entonces el espíritu de asociacion para las empresas mercantiles, y con mezquinas ideas acerca de la absoluta libertad de comercio, nuestros vecinos cuéntase que llevaron muy á mal lo que despues se ha llevado y sigue llevándose con bastante conformidad y resignacion, toda vez que las luces del actual siglo nos han hecho ver del modo mas patente que no hay derecho en nadie para atentar al que otro tiene de comprar como pueda y vender como le dé gana, sea cualquiera el género de su especulacion.

Entre los mas ardientes enemigos de este monopolio se contaba Cárlos de Beaumont, secretario del cabildo de Rouen, jóven templado, rico y galan además; el cual habia consumido una parte de su fortuna en proporcionarse los datos necesarios para poder acusar ante el parlamento al Sr. Malisset y honrada compañía, socios de aquella secreta empresa conocida de todos bajo el nombre de *Pacto del hambre*, si bien no habia logrado hacerse con una copia auténtica de aquel pacto, ó como si digéramos con la escritura de la sociedad.

Mientras buscaba esta, y para hacer tiempo, se enamora de una jóven llamada Luisa, cuya madre, por motivos sin duda muy valaderos, pero que nosotros no pudimos comprender de puro sutiles y metafísicos, se oponia á su union; cosa que la muchacha llevaba muy á mal, segun es consiguiente. Pero es el caso que un noble arruinado al juego, llamado Mr. de Santival, tambien está enamorado de Luisa, mas al ver que ella prefiere á Beaumont acepta de puro desesperado una lucrativa plaza de agente de Malisset, plaza que antes habia rehusado; lo que prueba que los celos le abrieron el apetito, con-

tra la comun opinion que tiene á los celosos por gentes de mal comer.

En el segundo acto nos encontramos con que la madre de Luisa ha muerto, con que la jóven se ha casado por tanto con Beaumont, con que tienen ya un hijo, y en fin, con que se hallan viviendo en París, donde el ex-secretario del cabildo de Rouen se ha hecho amigo en la apariencia de Malisset para ver de sorprender el documento anhelado. Este documento lo adquiere sin embargo por otro conducto, si bien á peso de oro; pero en vez de irse en derechura al parlamento con su acusacion, que es lo que habria hecho cualquiera, reúne sus parciales del pueblo y se propone no menos que dar un susto á los monopolizadores asaltando á mano armada la casa en que dan un festín. Averiguala Santival, mas celoso que nunca, da parte á la policia que acude á casa de Beaumont, y al verlo Luisa, que debia de ser tonta de capirote, quema los papeles de su marido, entre los cuales está el célebre pacto del hambre. Sorprendido el esposo haciendo cabeza de motin, y no pudiendo probar su intentada acusacion porque se habia llevado el diablo las pruebas, ó mejor dicho, se las habia llevado su mujer, es encerrado en la Bastilla, donde le dejaremos hacerse viejo mientras contamos lo que acontecia á los demás personajes del drama.

Estamos en 1789, como quien no dice nada. Aquel niño, cuyos padres no se habian casado aun en el primer acto, es ya un hombre hecho y derecho, y á mas oficial de las guardias francesas. Santival, que habia llegado á ser un personaje, es muerto por él. El pueblo en tanto asalta y toma la Bastilla. Hay sus momentos de angustia, porque no se sabe si el prisionero está vivo ó si se lo han comido las ratas del calabozo. Por fin, se desploma un paredon, y en medio de una luz de Bengala que recuerda la gloria de la Pata de Cabra, aparece Beaumont muy viejo, muy estenuado, con una barba muy blanca, el cual dirige al pueblo una edificante plática, en la que le exhorta á proseguir su obra de esterminio á los tiranos, y le vaticina los gloriosos primores de aquella grande y civilizadora revolucion, en tal punto y con tan lisonjeros auspicios comenzada.

Los absurdos de este esperpento dramático son de bulto, que ni los brochazos, ni las palabrotas, ni el bombo imitando el cañoneo, ni todos los escombros del desplome, ni la tribunicia arenga final, ni aun la muerte

del hombre malo, lograron entusiasmar á aquel público, por lo comun tan dispuesto á entusiasmarse por cualquier cosa. Esto prueba que no tiene la obra ni siquiera ese interés de munición, que tan frecuentemente se encuentra aun en los dramas mas malos del repertorio francés, de donde procede via recta el de que tratamos.

En los dramas que, como el presente, tienen sus pretensiones de históricos, el público en general se lleva por lo comun solemnísimos chascos, y los que se hayan interesado sinceramente por el protagonista de *El pacto del hambre* creyendo que fueron reales y verdaderas sus vicisitudes, no nos perdonarán acaso el que los saquemos de su error al decirles que semejante Carlos de Beaumont no se lee entre los nombres de los siete únicos presos que se hallaban en la Bastilla cuando fué tomada por el pueblo de París en 1789, y por tanto que su héroe solo ha existido en la mente de su autor, el cual, como acontece por lo comun, contó con la candidez y la ignorancia de los que habrian de ser sus espectadores. Así y todo, nosotros le perdonaríamos esa falta y otras mas, siempre que á vueltas de ellas el argumento nos llevase á alguna consecuencia importante; pero eso es lo que no sucede. A Malisset, principal de los monopolizadores, no le resulta daño alguno de todo aquello, puesto que habia abandonado el comercio algunos años antes; Santival muere á manos del ofendido hijo de Beaumont; pero de todos modos le habia de suceder ese percance, toda vez que los vencedores no perdonaron á ninguno de los que defendieron la Bastilla; la toma de esa fortaleza y la subsiguiente revolucion no abarataron por cierto el pan, al contrario; en fin, ni los sanculotes, ni los gorros colorados, ni las comisiones de salud pública impidieron que entonces y ahora hubiera y haya quien especule con los estómagos de sus conciudadanos, como se especula con otra cosa cualquiera, como se especula con la sangre de sus semejantes en el mercado de esclavos. No era aquel en efecto el remedio; este solo puede surgir de la infiltracion de cierto orden de ideas en la sociedad, es á saber, las que nacen de los principios religiosos y morales. No se busque fuera de ellos el antidoto contra el egoismo del interés individual.

Pero dejemos por hoy al Balon, y digamos algo del Circo, el cual ha abierto la temporada renovando la parte masculina de su compañía de zarzuela, si bien con éxito harto menos

estrepitoso que el alcanzado en la anterior, puesto que *Estebanillo*, primera produccion nueva, no ha conseguido ni con mucho el aplauso que tuvieron *Los diamantes de la corona*, *Mis dos mugeres*, y sobre todo *Catalina*.

Acontece á las zarzuelas de hoy lo que á la mayor parte de las obras dramáticas de hoy. Como se escriben en Madrid y como allí se busca el efecto, resulta que sus autores las trazan y las cortan á la medida de los artistas que han de estrenarlas: de forma que al pasar á las provincias se ofrecen por lo comun graves dificultades para un reparto acertado. Así se sabe ya de antemano, y sin conocer la obra, que el papel del barítono ha de ser el de mayor fuerza *in utroque*, y que el tenor cómico ha de necesitar mucha mayor agilidad de coyunturas que de garganta. El que no sea una especie de ardilla muy apurado se ha de ver para desempeñar semejante parte. Tras de uno y otro vemos siempre á Salas y á Caltañazor; pero es el caso que no en todas partes se encuentran semejantes tipos. Estas observaciones nos parecen de importancia para establecer con algun acierto un juicio acerca de los nuevos individuos de la compañía lírica del Circo.

Después de *Jugar con fuego*, á que no asistimos, dióse *El marqués de Caravaca*, de cuya egecucion diremos pocas palabras, puesto que la obra es harto conocida para tener que ocuparnos de ella.

El papel de tenor es allí, como se sabe, insignificante, y así fué que el Sr. Marron estuvo mejor que en *Jugar con fuego*, donde tal cual gallipavo, segun nos contaron, produjo significativos murmullos de parte del público.

El Sr. Allú no levantó ciertamente su papel á grande altura, si bien no puede decirse que estuviese nada desgraciado. Es decir, que para juzgarlo definitivamente tendremos necesidad todavía de oirlo y de verlo en mas de otra ópera.

El barítono Sr. Campoamor es indudablemente actor, y actor de mérito; circunstancia tanto mas de apreciar cuanto que es rarísima en los que se dedican á la zarzuela. Por lo mismo que damos todo el valor que tienen á sus escelentes facultades, nos tomaremos la libertad de decirle que suele abusar del claro oscuro, lo cual hace exajerado á veces su decir y su juego escénico. Para dar la intencion que cree conveniente á una palabra, la prepara tanto y tanto que el mismo cuidado que pone en hacerla resaltar desvirtúa en parte el efecto. Como estos luna-

res que hemos creído notar son de esos en que se peca por carta de mas, resulta que nada hay mas fácil que el corregirlos. En lo que no cabe enmienda es en aquellos casos en que se peca por carta de menos; porque estos últimos defectos por lo comun nacen de la organizacion del artista.

El marqués de Caravaca, como se sabe, es una zarzuela de poquísima música, y aun esa de escaso empeño. Por eso no podemos juzgar por ella al Sr. Campoamor bajo el punto de vista de cantante. Sin embargo diremos que en lo poco que le oimos nos agradó, porque vocaliza bien y su voz es de buen timbre. Esperamos, por tanto, á oirlo en obra de mayor importancia música.

Resulta de lo dicho que todavía no hemos logrado darnos razon del mérito ó demérito de los nuevos artistas, y tanto mas cuanto que aun nos queda que oir á alguno, al bajo Sr. Vidarte, que no ha hecho papel en *Estebanillo*, zarzuela nueva, de la que vamos á ocuparnos en seguida. Esta reserva nos parece harto mas prudente que no el lanzarnos á aventurar un dictámen que acaso mañana tuviésemos que reformar.

¿Por qué razon se ha dado á la zarzuela de que principiamos á hablar el título de *Estebanillo*? Nosotros responderemos que por la misma que hubiera podido llamarse Curro ó Juan ó Perico. Porque tal es el nombre que se le ha dado á uno de los interlocutores, no el mas importante por cierto. Ya hemos dicho otra vez, y no nos cansaremos de repetirlo, que un nombre no puede ni debe ser nunca el título de una obra dramática, á menos que este nombre no sea histórico. Cuando leemos en el cartel *Pelayo*, *Mitridates* ó *Isabel la Católica* ya sabemos el personage de que se vá á tratar, conocemos sus hechos, y sospechamos al menos que sobre alguno de ellos ha de basarse el argumento de la produccion. De otro modo un mismo drama puede ir tomando sucesivamente tantos nombres cuantos se cuentan en el martirologio; porque en efecto semejante circunstancia nada nos dice, nada nos promete ni nada nos esplica. En suma, eso no es un título, es simplemente un nombre de bautismo para un drama.

Estebanillo se funda en las supuestas travesuras y calaveradas del picarillo y alegrote Felipe quinto rey de España, el pollo mas diablejo y enredador de su reino, quien para venir á Madrid á disfrazarse con una careta y un dominó ha hecho rabona de su ejército acampado en Villaviciosa, precisamente en

vísperas de una batalla de la que iba á pender nada menos que su corona. La ocasion no podia ser mas á propósito para intrigüelas amorosas y para conquistas de tres al cuarto.

No bien se vé el monarca con su real cara tapada embiste con las dos primeras máscaras que halla al paso; pero da la casualidad de que estas dos máscaras son nada menos que la reina y una dama suya, las cuales tambien han hecho su escapatoria, buscando por caballero al doctor Peralta, médico de sus magestades, y que no obstante sus reverendísimas canas aspira á casarse con la dama de honor á quien da el brazo. El rey, que ha tomado todos los modales de cuartel, pretende nada menos que arrancar las caretas á aquellas dos incógnitas, cuyo trapío le parece razon bastante á disculpar un leve paréntesis en su fidelidad conyugal. El doctor las defiende, y uno á otro se las quitan y se las recobran, zarrandeando de aquí para allá á la augusta Maria Luisa Gabriela de Saboya, reina de España y de sus Indias, quien harta de manoséo y de andar como pelota logra al fin escabullirse, si bien perseguido siempre por su atrevido consorte.

Pero tiempo es ya de que demos á conocer á *Estebanillo*, á quien cupo en suerte, no sabemos por qué, dar nombre á la zarzuela en cuestion.

Estebanillo es sobrino del doctor Peralta, é hijo del fiel de fechos de Zamarramala; mozo que sin méritos de ninguna especie, pero dotado de una osadía á prueba de bomba, se propone no sin razon hacer fortuna en la corte, si bien su tío le habia declarado ya que no estaba de humor de reconocerle por sobrino. Este es pues el que buscando camorras y aventuras amorosas tropieza con la reina en el momento en que asustada por las consecuencias de aquella persecucion cae desmayada. Estebanillo, al ver semejante perance, y notando que los alguaciles avisados por su tío se acercan en busca del máscara promovedor de aquel desórden, toma en sus brazos á S. M. hembra, y corre con ella hasta coger iglesia en su boardilla de la calle de las Huertas.

El rey, perseguido por la ronda, llega tambien allí de paso para el tejado, encuentra á su máscara y trata de enamorarla, si bien con la cara descubierta, de forma que ella tiene los datos posibles para juzgar de la fidelidad de su esposo, á quien pide en prenda de su amor el anillo que lleva en el dedo. Cenán juntos mientras Estebanillo ha ido por

un coche; pero vuelto este, y tratando de poner á cubierto su humilde morada de ulteriores consecuencias, monta en cólera, lo cual fuerza á ambos consortes á descubrirse á él separadamente, quedando el mozo sorprendidísimo no solo de ver á tan altos personajes, sino de verlos en un sitio tan alto como su boardilla. Al cabo ella ruega á su esposo la conduzca á palacio, aunque sin descubrirle quien es, lo cual se verifica.

Al entrar en él por una escalera secreta pierde la máscara un relicario, que el rey recoge y que Peralta, inocente de todo, le descubre ser de la reina. Monta en cólera el ofendido esposo; pero su consorte, para taparle la boca, le enseña aquel anillo que él le dió en casa de Esteban. Para salvar pues toda mala apariencia supónese que la dama de la boardilla habia sido D.^a Leonor, la máscara número dos; esta consiente en no desmentir á su señora, y con el fin de que no padezca su honor los reyes la casan con Estebanillo, supuesto amante suyo. No hay que decir que aquellos dan á entrambos una régia dote.

Para que se comprenda hasta que punto está pintado con exactitud en esta zarzuela el carácter de Felipe quinto, trasladaremos á continuacion lo que de él escribe uno de los historiadores de mas nota y de mejor critica.

«No era sin embargo Felipe alegre y alborotado, como son generalmente los franceses, y lo eran mas en los pasados tiempos, sino al revés, grave y hasta melancólico, llegando su tristeza á degenerar en hipocondría con el curso de los años, y por su natural seriedad y decoro, y ser además de arregladísimas costumbres y piedad religiosa llevada á lo sumo, tenia calidades mas propias para gobernar al pueblo que era llamado á regir desde tierra estraña y por mucho tiempo enemiga.»

¡Exactísima idea se formará cualquiera del carácter de Felipe quinto, si no lo conoce mas que por la zarzuela *Estebanillo*! ¡Pobre historia de España!

Pero lo mas original del caso es que nada en ella es original. Existe una comedia francesa, traducida por el mismísimo Sr. Vega, la cual tiene el propio argumento, pero no como quiera, sino escena por escena, y con raras escepciones hasta palabra por palabra. Intitúlase esta comedia *Fortuna te dē Dios, hijo*, y en ella hay el mismo Estebanillo, y el mismo Doctor Peralta, y la misma Leonor, y los dos reyes consortes; solo que se suponen

ser Felipe cuarto y su esposa, en lo cual tuvo alguna mayor disculpa el autor, puesto que el tal rey era harto mas dado á diversiones, á pasatiempos y á intrigas galantes que su sucesor en nombre. Es decir, que la obra, antes nada buena, ha sido de propósito considerablemente empeorada al pasar al dominio lirico.

Su música en general ha sido bien recibida, y el público ha aplaudido constantemente algunas de sus piezas; pero desde luego se comprendió que no era la zarzuela de la temporada. La egecucion pareciónos que fué algo mas que mediana. El Sr. Campoamor, segun se habia anunciado, desempeñaba un papel que no era el suyo: sin embargo fué aplaudido como sus demás compañeros en el cuarteto del primer acto, bien cantado y bien jugado en la escena.

Por alcance diremos que la compañía lirica del Circo ha emigrado ya al Principal, que la estaba esperando á oscuras y con la cara lavada. *El Sargento Federico* ha agradado. La egecucion buena en los mas. La direccion de escena excelente. De todo ello hablaremos.

F. F. A.

MODAS DE PARIS.

La gran novedad que *hace furor*, la que preocupa á las altas regiones elegantes y artisticas de la sociedad femenina, es el sombrero á lo Luis XIII! Este sombrerito es extraño, original, fantástico, y esa es la razon de que espante á ciertas mujeres. Todo el mundo, en efecto, no puede aspirar á la originalidad ni á la fantasía. Es indispensable para eso ser una gran señora y tener el verdadero lujo de gran señora.

El sombrero Luis XIII ha conquistado sus títulos de nobleza. Pudiera muy bien llamársele *sombrero Alejandrina*, porque tiene tres formas diferentes. La forma Luis XIII, la forma Pompadour y la forma Clarisa Harlowe. El primero es mas bien ovalado que redondo; de terciopelo de todos los colores desde el castaño oscuro hasta el blanco imperial. Está rodeado de un encaje negro ó de blonda. A un lado flota una larga pluma de avestruz, torcida con ese atrevimiento artistico que Alejandrina imprime á cuanto toca; del otro cae una larga banda de terciopelo orlada de encaje. El sombrero Pompadour está levantado por un lado solo con un ramillete de plumas. El Clarisa Harlowe es mayor que los dos precedentes, pero siempre adornado de plumas de avestruz y de encaje.

A mas de estos tres deliciosos sombreros, Alejandrina tiene otros modelos que arrebatan. El

Emperatriz y el Veneciano. El sombrero Emperatriz es de terciopelo picado blanco y de terciopelo boton de oro. El blanco está dispuesto en paños cruzados. Estos paños tienen un esquisito estilo de distincion. El terciopelo boton de oro realza en bajos relieves todos los contornos del tocado. El sombrero Veneciano es de terciopelo imperial adornado de blondas y de plumas. ¿Pero á que no adivinais donde ha colocado estas plumas Alejandrina? Sobre la copa. Las tres plumas están enlazadas como tres ramas de flores, y caen á modo de sauces sobre el ala. Hay poesia en la colocacion de estas plumas como la hay en una meditacion de Lamartine. Seguramente, Alejandrina no hace nada como nadie.

Otro tanto acontece á Mme. Millery. Ni una guirnalda de las suyas se parece á otra, y en cada armadura se halla gusto, estilo é inspiracion. Ella se complace en adornar tanto aquellas como las guirnaldas con matas, musgos y yerbas. He aquí algunas de sus nuevas confecciones.

Un adorno formado de moras y de uvas hechas de perlas blancas, con un follage verde tan tierno que no parece sino que está alumbrado por la luna.

Otro de flores de laurel púrpura, con bolas de granos de madroño, alternando negro y púrpura con hojas de laurel, hojas de madroño, musgo de los bosques y yerbecillas.

Otro de ninfeas blancas, con violetas de terciopelo.

Presto llegará la vez á los adornos de baile. Se les aguarda; pero en Paris se baila tarde, y sin embargo todos son locos por el baile. Los trages de visitas, de paseos y de teatro son los del momento. Los de baile vendrán cuanto les toque su turno; esto es, mas adelante.

Voy á describir un lindo vestido de boda, creado por Mme. Martin. Era de tafetan blanco, con tres grandes volantes de Inglaterra. Cada volante de tafetan estaba orlado de un escarolado de idem. El tercer volante arrancaba de la cintura. Las mangas á lo Ristori estaban abiertas por la parte de adentro del brazo, con orla de escarolado, un volante de punto de Inglaterra, vuelto y atado á la muñeca por un nudo de cinta blanca. El prendido era de azahar, de forma redonda y muy acopado por detrás.

Mme. Gobert ha desterrado completamente las antiguas enaguas de ahuecador. Con las que ella ha hecho tejer espresamente para reemplazar á la crinolina y á los caparazones de acero, el traje de una muger se ahueca y se sostiene admirablemente por abajo, sin tener ninguna rigidez, aspereza ni tiesura. Se han tratado de inventar telas fofas (que se aplastan en seguida), pero ninguna es comparable con las fabricadas por la casa de Gobert en Lion. Principiaremos por decir que la mayor parte de estas enaguas no tienen costuras. Los telares de Gobert las han suprimido. La enagua-ahuecador con volantes tejidos á par de la tela, es el que hace describir mejor al traje la forma de abanico.

Los equipajes de las niñas son graciosas mi-

niaturas de las mas magnificas destinadas á las duquesas y á las mugeres á la moda. A las niñas se les permite la mayor originalidad, porque son niñas, y porque todo se les pasa á los niños. Por otra parte, *La Petite Fadette* sabe lo que se hace. Ella atrae á su almacen á todas las lindas criaturitas. Ella tiene trages para todas las posiciones, para todas las fortunas. El vestido de simple merino se confecciona allí tan bien como el de moaré, el de terciopelo ó el de popelina. No hay que decir que *La Petite Fadette* reproduce tambien el sombrero Luis XIII. Mucho tiempo ha que las niñas bonitas están adorables con esa especie de sombrero.

¿Y qué diremos de Chapron? Que es un fabricante de pañuelos, si es que pañuelos pueden llamarse esos medallones de Valenciennes, esas flores de batista formando un adorno mate mezclado con relieves de bordados, esas esculturas, esos escudos de armas tallados y cincelados con algodón satinado, teniendo las maravillosas proporciones del estuco y del mármol; esos cestos de flores, paisajes y cacerías hechos con encaje y con bordados. Estos no son pañuelos, son joyas artísticas firmadas por Chapron.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

ESPLICACION DE LA LAMINA DE FIGURINES.

VESTIDOS DE INVIERNO.

Primer figurin.—Sombrero de terciopelo con copa baja y dos caidas de encaje; al lado derecho del ala, un pájaro del Paraíso.—Manteleta POLONESA de paño con grandes tiras de terciopelo adornadas de botones: esta manteleta, que será pequeña, representa grandes mangas levantadas que forman botas á la *Guise*.—Trage de glacé con cuatro volantes guarnecidos de terciopelo formando puntas.

Segundo figurin.—Sombrero de terciopelo picado con tiras de la misma tela liso: la copa se adorna con encajes, colocándole á cada lado una pluma rizada de diferente color entre sí y caidas de encaje.—Manteleta VENECIANA de terciopelo guarnecida de *guipure* formando toquilla y dos volantes al rededor.—Trage de gros con listas estrechas al través.

Tercer figurin.—Sombrero de terciopelo labrado guarnecido de blondas y guirnalda con bolitas de nieve formadas de terciopelo.—Paletot JOCKEY de paño gris galoneado de azul y negro formando dos tiras, por delante á cada lado de la abertura que se cerrará con botones: las hombreras las señala un galon que forma el *jockey* y las mangas se guarnecen con dos galones.—Vestido de gro con volantes adornados con tres

flecos pequeños haciendo ondas.—Mangas blancas formadas de dos grandes volantes bordados.

Cuarto figurin.—Manteleta CARDENAL de paño gris con grandes mangas picudas y abiertas, ó sean las llamadas perdidas: estas se guarnecen con un rico torsal de cordonero. Esta pequeña manteleta está fruncida y pegada por detrás formando cañones, sujetándolos con un grueso adorno de cordonero que se une á la manga.—Sombrero de terciopelo guarnecido de ramaje de laurel de la misma tela y caidas de encaje.—Vestido de *moiré* antique.

Quinto figurin.—Sombrero de terciopelo labrado guarnecido todo de encajes y pequeñas flores de terciopelo.—Chaqueta ANDALUZA de terciopelo adornada con agremanes de pasamanería y perlas: esta chaqueta se entreabre ligeramente para que luzca una rica pechera de encaje de punto de *Alençon*.—Mangas blancas con grandes buches y vueltas de encaje.—Trage de gro con volantes guarnecidos de terciopelo labrado con guirnalda de flores de colores vivos.

Sesto figurin.—Vestido de *reps côtelé* adornada la enagua por cada lado con dos grandes bandas de terciopelo negro rodeado de un pequeño fleco.—Chaqueta ESCOCESA de paño marron guarnecida de una ancha banda de terciopelo escocés azul y marron, colocándola tambien en el bolsillo: las mangas tienen las vueltas abiertas para que formen bota.—Cuello y mangas de muselina galloneada.—Sombrero de terciopelo adornado con caidas de encaje y á los lados grandes plumas de Marabouds flotando sobre la espalda.

ESTABAN VERDES.

HISTORIA DE UNOS AMORES.

I.

ELLAS.

Si la madre que ha dado á luz una hija bonita, ha cumplido su mision y ha merecido bien de la patria, con doble motivo merece sinceros elogios la que cual la mamá de que me ocupo, haya ilustrado su pais con dos hijas muy lindas.

Porque las niñas de que hablo son encantadoras.

Fernanda que es la mayor tiene el pelo negro como las alas del cuervo, es decir, con reflejos azulados, los ojos tambien negros, el pié pequeño y las manos como nácar.

Cuando los hermosos ojos de Fernanda miran por la portezuela del coche —mis heroínas andan en coche— la persona en quien se fijan no puede

menos de sentir ciertos estremecimientos en lo mas hondo del corazon, y cierta voluptuosidad en todo su ser.

Por eso no os estrañará que os diga que desde un día que esos hermosos ojos miraron á mi amigo Tomás Saavedra, este quedó enamorado de Fernanda.

Como al amor son consiguientes otras cosas, Tomás buscaba sin encontrarla una ocasion en que poder decir á la hermosa morena el amor que abrigaba en su pecho.

Pero la ocasion no se presentaba.

En paseo iban siempre en coche, en el Teatro Real tenian palco, Tomás no hallaba medio de decirle á Fernanda los infinitos suspiros que lanzaba á su recuerdo, y el vivo y ardiente que conservaba de su linda figura y hechicero rostro.

Una tarde paseaba Tomás por el Prado y vió venir el carruage de su adorada; detúvose para contemplarla y admirarla bien, y sus ojos la buscaron en vano, Fernanda no habia salido.

Pero otra mujer de distinta belleza, y no menos linda, ocupaba el puesto de aquella.

Era Flora, la hermana pequeña de Fernanda; Tomás la miró, Flora miró á Tomás y se sonrió dulcemente. Tomás creyó que habia vuelto á nacer, no comprendia tanta ventura en tan poco tiempo.

Apenas desapareció el carruage se fué á situar rápidamente á la puerta de la casa donde vivian para verla por última vez y poderse ir á su casa feliz y satisfecho.

Así lo hizo.

El carruage no tardó mucho tiempo en llegar; Tomás parado en el dintel del portal, tuvo el consuelo de verla llegar y apearse; antes de subir la escalera, Flora le lanzó una mirada, que aunque de distinto género que la que le habia dirigido dias antes Fernanda, produjo en su alma iguales efectos.

Cien y cien veces paseó la calle; cien y cien veces cruzó por delante de los balcones de las niñas bonitas, sin que aquellos se abrieran y sin que ninguna de las dos saliera á ellos á verle; en fin, fatigado de una centinela que amenazaba prolongarse mucho, dejó el puesto y se retiró á su casa.

Allí, ensimismado y sumergido en una butaca, procuró aunque inútilmente, explicarse á sí mismo, lo que le sucedia.

Su corazon no daba por mas esfuerzos que hacia, una explicacion categórica y convincente á su cabeza que tanto lo necesitaba.

«Fernanda es escantadora, decia Tomás, es el tipo que á mí me gusta, y lleva á Flora la ventaja de ser mayor, de tener un genio mas dominante, ha sido la primera de las dos que me ha mirado, por consiguiente merece mas consideracion por parte mia; añádase á esto que siendo mas difícil su conquista á mí me agradaria mas porque me halagaria doble: luego no há lugar á la vacilacion, no me cabe ya duda de á cual amo.»

Y se quedaba muy satisfecho despues de este

razonamiento, considerándose ya amado por aquella mujer, cuya aristocrática y elegante figura veía entre las columnas de humo de su cigarro.

Pero en cuanto recordaba la cara de Flora, sus lindos ojos bulliciosos y alegres, los hoyitos que al sonreirse formaban sus megillas en torno de una boca fresca y roja como la flor del granado, nuevas observaciones se le ocurrían y tornaba á fraguarse nuevos comentarios.

«Y quién me manda á mí, decia, estando seguro del amor de una mujer afanarme por obtener uno que será difícil lograr; no deseaba yo unicamente una mujer á quien contar los deliciosos sueños de oro que de mi alma se desbordan? pues en Flora lo he encontrado, es linda, quizás tanto como Fernanda es amable, es cariñosa; parece tener buen carácter, es mas de lo que yo necesito, estoy decidido, amaré á Flora, pero su hermana...» y tornaba á sus reflexiones de nuevo.

El resultado fué que al cabo de dos horas de meditacion, Tomás estaba como al principio, sin haber decidido nada y sin saber todavia cual de las dos hermanas era preferible, á cual debia amar.

Mientras, sucedia en casa de mis heroínas, una escena parecida á la que acabo de referir.

Flora pensaba en Tomás, y aun cuando tenia conciencia de que podia gustar á un hombre, recordaba que aquel jóven á quien habia mirado con gusto, era ó queria ser amante de su hermana, y que siendo ella mas jóven y menos guapa, Tomás preferiria el amor de Fernanda que podia halagarle mas, al suyo infantil y en el que nunca habia pensado nadie.

«Y sin embargo, decia Flora, parece buen muchacho, yo le amaria si él quisiera, yo escucharia sus frases galantes y le pagaria con todo mi amor, pero justamente por eso mismo no me querrá y preferirá á mi hermana.»

Fernanda por su parte tambien se habia ocupado mas de una vez de Tomás y de sus frecuentes paseos por delante de su casa, y aun cuando no parecia tomar á mal estas pruebas de amor que la tributaba, no viendo en ellas nada que la hiciera palpable una pasion verdadera, seguia encerrada en su indiferencia, aunque no tan absoluta, que á nuestro héroe le quitara todas las esperanzas, y le hiciera dedicarse con mas constancia á merecer el amor de Flora.

Ninguna mujer en la situacion de Fernanda se incomoda porque un hombre la haga creer ó intente hacerlo que la ama.

En la lucha con su hermana Fernanda estaba segura de la victoria.

Por eso dejaba al tiempo el desenlace de la cuestion.

II.

OJOS Y ANTEOJOS.

Representábase en el Teatro Real *La Traviata*.

Fernanda y Flora ocupaban su palco de platea

y Tomás Saavedra estaba en la luneta que habia podido encontrar mas próxima á él.

Es preciso haber tenido 22 años, que no todos los hombres los han tenido, y estar enamorado, tampoco lo han estado todos, para poder comprender lo que gana ó pierde, no solamente el objeto amado, sino la pasion misma, segun el sitio en donde se halla y las circunstancias que la rodean.

Un escritor moderno al hacer referencia á esto mismo ha dicho, que el amor es como las composiciones dramáticas, que siempre parecen mejores cuando se ponen en escena con gran lujo y aparato de decoraciones.

Este dicho es casi una sentencia.

Figuraos vosotros los jóvenes de 22 años enamorados, un teatro con todos los requisitos del lujo, de la comodidad y el buen gusto, una coleccion de lo mas florido de la sociedad, mujeres ostentando aumentadas y embellecidas todas las gracias mas seductoras, mas hechiceras, jóvenes en en cuyas frentes brilla la aureola de los 18 años, de labios rojos, de miradas virginales aunque voluptuosas, de apostura noble, henchidas de ilusiones ricas, ensueños de oro, y anhelando amar y ser amadas; figuraos un mundo de flores, de pedrerias, de cambiantes colores, de sedas, de irisados prismas, de cabellos ya negros como azabache, ya rubios como oro; añadid á esto una atmósfera de perfumes de aristocrácia; una orquesta escogida y numerosa, unos cantantes de reputacion merecida que van á egecutar una ópera de repertorio, es decir, de un maestro, y envolviéndolo todo en los delirios y pasiones de la música, la reina de las bellas artes, decidme si podeis pensar, mas goces que embriaguen, mas deleites que trastornen, mas sueños que trasporten á otro Paraíso.

Pues bien, de ese mundo de cosas á cual mas seductoras, separad tres personas, mejor dicho: poned en esa escena, en medio de ese lujo dos mujeres, dos niñas ávidas de amar y lindas, que van á buscar, no los encantos de la música, ni del canto, sino los ojos de un jóven elegante y enamorado, en los que desean ver retratada una pasion, y entonces habreis comprendido la situacion en que se hallaban mis tres personajes á quienes habreis conocido.

Representábase *La Traviata*, os he dicho al empezar este capitulo, y ahora os digo el telon se ha alzado y los primeros ecos de una música fisica y voluptuosa han sonado.

Tomás ocupaba una butaca cerca del palco de las niñas á quienes iba á ver.

Estas se hallaban colocadas en el palco de tal modo, que Tomás podia verlas á las dos.

Aun cuando las niñas no se hallaban en las mismas disposiciones criticas que Tomás, este podia contar de seguro con algunas miradas y con mas de una sonrisa.

La mujer no necesita predisposicion para mirar con cariño á un hombre, está siempre dispuesta á ello.

Las primeras notas de la partitura resonaron en el salon; como esa partitura está destinada á cantar un amor casi puro en una mujer impura y enfermiza, la música es vaga, enamorada y doliente.

Es un poema de lamentos y de sollozos como el murmullo de las brisas tibias de los paises meridionales entre las hojas secas del otoño; es el quejido de las olas del mar que se estrellan con monotonía en las playas de Nápoles y Sorrento.

Tomás aspiró aquella melodía.

Flora se apoderó de los gemelos y fijó en Tomás los oscuros y anchos cristales, detrás de los que se ocultaban dos ojos alegres y bulliciosos.

Nuestro héroe, no separó los suyos de los anteojos de la niña y mas de una vez sorprendió en los rojos labios de esta una sonrisa que valia dos horas de conversacion y á la que él contestó con otra.

Así pasó un rato sin que ninguno de los dos se atreviera á separar el primero los ojos.

La mujer es mas atrevida que el hombre, por eso fué Flora la primera que los separó.

Fernanda veía la ópera y solo habia mirado á Tomás de modo que este no lo notára.

—Ya sé á quien debo amar, decia este. Flora me ha visto en cuanto he entrado en el Teatro y me ha mirado, yo he correspondido á sus miradas y ella ha querido pagar las mias con unas sonrisas que me han querido probar claramente que no le es del todo molesto el amor que la quiera demostrar, y que si alguna vez ha estado seria conmigo ha sido impulsada por los celos que ha tenido de mis miradas á su hermana. Pues estoy decidido, ya no miraré y no pensaré mas que en Flora á pesar de los ojos negros de Fernanda.

Y al decir esto dirigió una mirada al palco.

En aquel momento se hallaba colocado en una situacion dudosa.

Los anteojos de Flora estaban de nuevo fijos en él y Fernanda tenia clavados en los suyos aquellos dos ojos negros y rasgados que eran capaces de trastornar á un hombre de hielo.

La situacion era muy critica.

Tomás miró á Fernanda y vió tanto en sus ojos y en su modo de mirar que olvidó por completo todo lo que se habia propuesto y hasta dejó de mirar á Flora.

Esta no lo notó, comprendió que su hermana era el objeto de las miradas de Tomás y quitándose los gemelos, no le volvió á mirar en toda la noche.

Fernanda triunfaba.

Sus ojos habian podido mas que los anteojos de su hermana.

A la salida Tomás las esperó.

(Se continuará.)

AGUSTIN BOUNAT.

LÓNDRES.

POR DON EUGENIO DE OCHOA.

ARTÍCULO PRIMERO.

El viajero que, no conociendo á Lóndres, quisiera formarse cabal idea de la grandeza y magnificencia incomparables de esta llamada ciudad, que seria la primera del mundo si fuera realmente una *ciudad* (luego explicaré esta especie de logogrifo), debe procurar, si le es posible, verificar su entrada en ella por el Támesis en un hermoso día de verano, á la hora en que disipadas ya algun tanto las perpetuas y densas nieblas de la mañana, puede abarcar la vista atónita el asombroso espectáculo que ya desde Gravesend presentan las dos riberas. Faltan las palabras para espresar dignamente la impresion que producen en el ánimo tantas maravillas juntas; —aquella infinidad de naves, —la hermosura de aquellas campiñas, sin duda la mejor cultivadas del mundo, — la actividad incesante de las pequeñas poblaciones por delante de las cuales va uno deslizándose como una flecha, — *Woolwich* primeramente con sus arsenales, sus talleres marítimos y su famoso hospital militar; luego *Greenwich* con su celeberrimo observatorio, su grandioso palacio de la reina Isabel y su magnifico parque. Allí se ofrece un recuerdo muy triste para nosotros los españoles: casi enfrente de Greenwich, desarbolado y el ancla en mitad del rio, uno de nuestros soberbios navios de tres puentes, el *Trinidad*, apresado como tantos otros en la desastrosa batalla de Trafalgar, está sirviendo de hospital para los marineros de todas las naciones, — hermosa inscripcion que recuerda las que se leen sobre las puertas de las casas de Misericordia de Zaragoza, Toledo y otras ciudades de España: *Urbi et Orbi*. — Saludemos con respeto á ese mudo testigo de nuestra antigua gloria y de nuestra presente desgracia, y sigamos contemplando en las amenas riberas del pueblecito de *Deptford*, á cuyos afamados talleres fué en 1698 Pedro el Grande á perfeccionarse en el arte de la construcción naval; luego *Southwark*, que ya es un barrio de Lóndres; *Blackwall* y la isla de los *Docks* ó muelles. Momentos despues, el barco que á uno le lleva, aun cuando sea un vapor de dos mil quinientas toneladas ó un navio de guerra, pasa por encima del singular puente denominado el *Tunnel*, — otra mara-

NOVIEMBRE.

villa de que la imaginacion acierta á duras penas á darse cuenta, pues lo natural es que los barcos pasen por debajo de los puentes, y un puente y no otra cosa es el *Tunnel* en resumidas cuentas, solo que en vez de ser *super* es *sub-fluvial*. Ya entónces ha llegado el viajero al término de su viage; ya le faltan pocos minutos para pisar el suelo de Lóndres, despues de desembarcar junto al colosal puente nuevo de este nombre, enfrente de la Aduana (*Commos-House*) y en el corazon mismo de aquella parte de la capital que por antonomasia se llama la ciudad (*the City*). Es realmente la única que merece este nombre.

Y aquí viene bien la prometida explicacion de las palabras que al principio de este artículo calificué de una especie de logogrifo, pero que bien consideradas encierran una verdad palmaria. Lóndres no es una ciudad, en el sentido que damos en el continente á esta palabra. O sinó, dígaseme, ¿dónde empieza, dónde acaba Lóndres? Una vasta extension de terreno mas ó menos poblado, sin límites conocidos, sin principio ni fin, á la que unos atribuyen 50 millas de circuito, otros mucho mas, y otros mucho menos, no realiza de manera alguna la idea que los europeos nos formamos de una ciudad, ó sea de un terreno circunscrito por algo, ya este algo se llame murallas, puertas, barreras ó siquiera campos ó montes ó tierras de pan llevar. Nada de eso hay en Lóndres: aglomeracion inmensa de casas, interrumpida con frecuencia por estensos terrenos no poblados á que dan el nombre de *parques* y que suelen dejar entre una casa y la inmediata siguiente una distancia de media legua, será todo lo que se quiera, una *metrópoli* poderosa de un poderoso reino, un *emporio* de riqueza y civilizacion, una gran *poblacion* cual de seguro no hay otra en la tierra, pero no es una ciudad en el sentido recto y legitimo de este vocablo.

No es esta única inversion ó subversion de las ideas generalmente admitidas en el resto de Europa que el viajero debe esperarse á encontrar en Lóndres y, mas aun, en otros pueblos de Inglaterra, menos *europizados* (permítaseme la espresion) por su menor roce con jentes de otros paises. Los ingleses, se ha dicho sin ofenderlos, son lo chinos del Occidente: todo lo ven, todo lo hacen de distinta manera que los demás europeos. ¿Son ellos los que ven y hacen las cosas al revés ó somos nosotros? Cuestion es esta

que me atreveré á resolver, pues si por una parte parece que la razon debe estar al lado de los mas, por otra la esperiencia nos prueba que los menos, que en esta cuestion son los ingleses, no solo se hallan muy bien con su modo original de ver y obrar, sino que aducen argumentos muy sólidos para demostrar su escelencia relativa. Es incalculable el número de cosas que en Inglaterra pasan de distinto modo que en todas partes; á veces no es solo de distinto modo; sino enteramente á la inversa. Al principio, esas singularidades británicas chocan al viajero lo que no es decible y le irritan y le exasperan hasta el punto de parecerle absurdas, irracionales, odiosas. Algunos, exageradamente apegados á los hábitos de su tierra, perseveran en esta injusta opinion toda su vida, y para ellos ya se sabe que Inglaterra es un país inhabitable y Lóndres es un pueblo de bárbaros ó de locos; el viajero bastante culto para ser tolerante, y de suficiente criterio para conocer que nada de lo que hacen los pueblos ni aun lo que mas estravagante parece á primera vista, deja de tener su razon, lo que hace es disimular buenamente los primeros dias la estrañeza que le causan las cosas y las costumbres que ve y no se esplica, resignarse á las pequeñas incomodidades que le acarrean y luego estudiarlas y esforzarse por desentrañar la razon de lo que le choca, que de seguro la hallará si es discreto y observador.—En todas partes este consejo es bueno de seguir; en Inglaterra, mas que en ninguna, por muchas causas facilisimas de comprender, y sobre todo porque Inglaterra es el país que mejor justifica con su ejemplo la bondad, aunque oculta á primera vista, de las ideas y de las costumbres que á tanta altura la han levantado sobre el nivel comun de las naciones continentales.

En los primeros dias de su residencia en Lóndres, el forastero no hace mas que caminar de sorpresa en sorpresa; sobre todo, si tiene la desgracia de no conocer la lengua del país, y no va recomendado á algun indigena ó á algun compatriota ya práctico que lo guie en aquel intrincado laberinto, su suerte es verdaderamente digna de lástima. Lóndres no es una residencia simpática al extranjero, acomodaticia y hospitalaria, como Paris y todas las grandes ciudades de Francia; nada atrae en ella, nada seduce á primera vista: todo, inclusa la satisfaccion de las primeras necesidades de la vida, se presenta erizado de dificultades. Al que no se

esplica en un inglés muy correcto y sin el menor acento extranjero, nadie lo entiende; es difícil formarse idea de la rudeza de los ingleses en este punto. Muchos creen que no es rudeza sino intolerancia y mala voluntad lo que los mueve á contestar con un salvaje *I dont understand* (no entiendo) á toda frase en que haya la mas pequeña infraccion del creible conjunto, no de reglas, sino de escepciones y anomalias que constituyen esa cosa que se llama la lengua inglesa. Yo creo en efecto que hay algo de intolerancia y de orgullo nacional (muy legitimo por cierto) en la pretension que tienen los ingleses de que todo el mundo hable como ellos sopena de que no le entienda; pero imaginarse, como se imaginan muchos extranjeros, que afectan no entender por pura malevolencia, es una necedad: la verdad es que realmente no entienden mas que al que habla con suma propiedad su lengua, porque esta es de suyo tan revesada, de sonidos tan vagos y dudosos, de una construccion tan caprichosa y original, que ellos mismos suelen no entenderse unos á otros, lo cual se ve con mucha frecuencia de una manera palmaria en ciertos apellidos que cada cual pronuncia y escribe como Dios le da á entender, lo cual suele producir complicaciones tan graciosas como trascendentales. Sabido es que hasta hace pocos años no se ha descubierto la verdadera ortografia de uno de los mas grandes nombres de Inglaterra, el del eminente poeta Guillermo *Shakspeare*. Por mucho tiempo se estuvo escribiendo con una *e* despues de la *k*: el hallazgo de la única firma autógrafa que existe del insigne autor de *Otelo* y *Enrique VIII*, la cual se conserva como una reliquia de inestimable valor en un escaparate del Museo británico, ha venido á escluir á esa *e* parásita del puesto que tenia audazmente usurpado sin hacer allí maldita de Dios la falta, pues lo mismo suena el nombre con ella que sin ella. Verdad es que eso mismo sucede á la otra *e* final, que tampoco suena para nada, y que tal vez sea otra intrusa, así como es seguro que bien se podrían eliminar ó sustituir con otras, hasta tres ó cuatro de las letras que entran en la composicion de ese apellido, sin que por ello se alterase notablemente su naturaleza eufónica: siempre sonaria lo mismo: siempre resultaria un sonido eminentemente *indeterminado*. Este es el carácter esencial de las desinenias inglesas y el origen de la inmensa dificultad que nos ofrece su pronunciacion á los que hemos mamado con la leche el hábito de ar-

sin el tiende; de los en que voluntad salvaje a frase on del escepcion cosa reo en de or-to) en de que ena de como afectan s una no en na proyo tan os, de iginal, e unos cia de os que Dios le ompli-ntales. o se ha e uno rra, el e. Por on una ca fir-ctor de nserva en un nido á e tenia maldita nom-ue eso mpoco ra in-odrian tres ó ompo-se al ónica: resulta-inado. sinen-dificul-os que de ar-

ticular bien, concretando, digámoslo así, en sonidos tersos, limpios y fijos, los privilegiados idiomas de las razas latinas. Claro es pues que esto se aplica sobre todo á los españoles y á los italianos, que poseemos las dos lenguas mas puras y directamente derivadas de la lengua del Lacio, tanto que bien puede decirse que el español es el *hijo*, y el italiano la *hija* del latín. Las otras lenguas de igual procedencia no son mas que sobrinas ó nietas de las que hablaban Ciceron y Virgilio.

Pero supongamos que el forastero recién llegado á Londres ó posee corrientemente el inglés ó tiene quien le allane las mil dificultades que acarrea su no posesion: todavía le aguardan muchos sinsabores en los primeros dias de su residencia entre las nieblas del Támesis. Con esto acabo de nombrar uno de los mayores inconvenientes de Londres para el recién llegado: hasta que uno se aclimata en aquella densa atmósfera, las nieblas (agravadas por las perpetuas emanaciones del carbon de piedra, único combustible usado en aquella capital con una profusion que hacen necesario el rigor del clima, por una parte, y por otra las exigencias de una industria fabril activísima), son la pesadilla y el tormento del pobre forastero. Todo se impregna en el fétido olor de la niebla y del humo del carbon de piedra: el agua huele á humo, el pan sabe á carbon; á cada momento tiene uno que estarse lavando las manos y mudándose de ropa blanca porque, si no el sabor, toman el olor y sobre todo el *color* de este fósil. Otro grande inconveniente de Londres, para el que no está acostumbrado, es la enormidad de las distancias, la cual está fuera de toda proporcion con lo que se ve en cualquier otra parte. Empieza por sorprender y acaba por encolerizar al mas paciente al ver que anda uno millas y millas y todavía está muy lejos de la casa donde va de visita ó del establecimiento público donde le llaman sus negocios ó la curiosidad: el dia se pierde en *ir*, siempre *ir*, y luego apenas queda tiempo para *estar* y *ver*. Ciertamente que hay para estas caminatas el recurso de abundantes carruajes, que encuentra uno á cada paso, *omnibus*, *cabs* y coches *han-sons* (cabriolés de dos asientos que guia un cochero sentado en un alto pescante desde la trasera); pero todos estos medios de locomocion tienen sus inconvenientes particulares. En los *omnibus*, que son baratos, se pierde mucho tiempo, porque á cada instante se paran para recoger ó dejar

pasajeros; los *cabs* y los *han-sons* son caros en la práctica, aunque la tarifa porque deben regirse los cocheros es muy racional, pues prescribe que se paguen 2 chelines (unos 10 reales) por hora, y si se toman por distancias, solamente 6 peniques (algo mas de 2 reales) por milla; pero como los cocheros mismos son los que calculan el número de millas andado, resulta que siempre hay que andar en disputas con ellos por la mala fé con que multiplican indebidamente las millas, exigiéndole á uno cuatro cuando en realidad no ha andado mas que dos. En tales casos, no hay mas remedio que pagar, andar á trompis con el cochero ó apelar á un agente de policia (*policeman*), árbitro supremo en esta y en toda clase de litigio de menor cuantía. El *policeman* es la providencia del forastero en Londres, y una de las mas escelentes instituciones inglesas, por la manera admirable con que funcionan *esclusivamente para el bien*, sin causar jamás la mas pequeña vejacion ni aun la incomodidad mas insignificante, en lo cual se diferencia esencialmente de sus *colegas* del resto de Europa, que parecen creados de expreso para molestar á las personas inofensivas, siendo con harta frecuencia inútiles para prevenir ó castigar el mal. Representacion viva de la ley, el *policeman* obtiene en Londres un respeto de que, solo viéndolo, es dado formarse idea; y este respeto que en él se tributa á las instituciones del país, al gobierno, en una palabra, á la *ley*, de la que es en cierto modo el último eslabon y, como ya he dicho, una especie de representacion material puesta al alcance del pueblo, es el verdadero origen de la grandeza y de la prosperidad prodigiosas de la nacion inglesa.

No se puede dar cien pasos en Londres sin encontrarse con un *policeman*. Vestido con pantalon y frae de paño azul con boton de plata, sombrero redondo con copa de hule, corbata y guantes de hilo blanco, sin mas armas que el prestigio de su nombre, véseles pasear graves y pausadamente por los distritos que les están asignados; serios, muy espetados, sin meterse con nadie, pero pronto siempre á acudir con la velocidad del rayo adonde quiera que su intervencion puede ser útil. Si ocurre una riña, un atropello, un accidente cualquiera, en el acto se reúnen como por encanto diez, quince, ciento, todos los que se necesitan para que *triunfe la ley*.

ARTÍCULO SEGUNDO.

Hay en Londres infinidad de posadas que allí llaman *hotels*, y las casas de huéspedes ó pensiones (*boarding-houses*), donde el forastero puede hallar cómodo aposento á precios que varían desde los mas subidos hasta los mas modestos, segun el lujo de la habitacion y sobre todo, segun el *barrio* en que está situada, pues acaso no hay pais en el mundo donde las divisiones de clases estén marcadas por lineas mas decididas que en Inglaterra. Hay barrios nobles en los que, si la libertad política de que disfruta la nacion permite vivir al plebeyo lo mismo que al lord, las preocupaciones sociales quieren que nadie se trate con el primero si va á habitarlos, considerándosele como un invasor de territorio ageno; hay barrios plebeyos en que ni de balde querria vivir un noble: temeria deshonorarse. La ausencia de tiendas es el signo exterior é infalible de la aristocracia de las calles. El duque de Oorthumberland, cuyo magnifico palacio está situado en la plaza de Trafalgar, á dos pasos del *Strand*, uno de los grandes focos de la actividad mercantil de Londres, es una escepcion que la alta nobleza inglesa califica poco menos que de un escándalo: todo lord que se respete debe vivir por las majestuosas inmediaciones de *Regent's Park*, ó bien en el nuevo y soberbio barrio de *Belgravia*, lo mas lejos posible del bullicio y confusion inseparables del tráfico. La tintura aristocrática que da el vivir en un barrio noble, se paga muy cara: así es que una casa en *Portland-Place*, por ejemplo, cuesta el doble que otra igual en un barrio plebeyo, exceptuando sin embargo aquellos en que, como en algunos puntos de la *City*, la aglomeracion del comercio da á los terrenos un valor fabuloso. Por regla general, las habitaciones son muy caras en Londres: un forastero no puede alojarse decentemente en una casa de huéspedes á menos de dos libras (unos 200 reales) por semana, que es la manera ordinaria de hacer allí esta clase de ajustes, advirtiéndole que las mil cosillas que tiene que pagar aparte, como servicio, limpieza de ropa, luces, chimeneas (las hay en todos los cuartos) etc., etc., hacen subir este precio casi á una mitad mas. En cambio está uno tratado perfectamente: en ninguna parte se entiende el bienestar interior tan bien como en Inglaterra. La palabra inglesa (*comfort*) con que se espresa ese perfecto bienestar no tiene equivalente en ningun pais, y no es extraño,

porque en ninguno tampoco existe *la cosa* que con ella se representa.

No hay pues molestia para el forastero en Londres por lo tocante á la habitacion, pero en el punto esencialísimo de la comida, pocos serán aquellos cuyo privilegiado estómago no se rebele en los primeros dias contra el sistema usual de la alimentacion inglesa, y no en verdad porque ella en sí sea mala, sino por su singularidad. En esto, como en otras muchas cosas, hay que renunciar á seguir las ideas admitidas en nuestros paises, desde que uno pisa el suelo inglés. Es entre nosotros frase corriente para espresar que la comida está lista, decir que *la sopa está en la mesa*: las ideas de sopa y de comida son inseparables entre nosotros. Pues bien; en la comida inglesa no hay sopa, ó mas bien lo que allí se bautiza con este nombre es una *cosa* que si con algo de lo que nosotros usamos tiene analogía, no es con ninguno de nuestros alimentos, sino con los sinapismos. La llamada de *rabo de vaca* es una de las mas comunes; consta de pedazos de la susodicha excrescencia nadando en una especie de salsa espesa que de todo tiene menos de caldo, pues segun lo que pica, debe componerse de mostaza, guindilla y puntas de agujas; es un verdadero guisote estremeño, que suele tomarse entre comidas á modo de *refresco*, y que se despacha en los cafés y en las pastelerías!! Al vino, que por su gran carestía está reservado á los ricos (el pais no lo produce), reemplaza la cerveza, bebida que al principio suele repugnar mucho y á que algunos no logran acostumbrarse nunca, por mas que la haya esquisita, sobre todo la llamada *pale-ale*: los verdaderos aficionados prefieren la fuerte (*stout*), que es negra como la pez y muy espesa. Una comida regular se compone de un plato de pescado cocido, un gran trozo de vaca ó carnero asado, todo ello interpolado con patatas y alguna otra verdura cocida simplemente con agua, y un pedazo de queso de Cherter. Hay dos ó tres salsas, generalmente muy picantes, que alternan con la mostaza en el aderezo de estos manjares, siempre los mismos, y hé aquí lo que se ve todos los dias en todas las mesas, salvo en las grandes comidas. Por mi parte, confieso que siempre me ha ido muy bien con este régimen y que lo creo tan bueno como otro cualquiera; yo conozco á infinidad de españoles y americanos que no se hartan de renegar contra la cocina inglesa. La cerveza les revuelve el estómago, la carne asada se les antoja cruda,

el *pudding* y los *pies* (pasteles) les parecen invenciones diabólicas. Entre estos últimos, los de *ruibarbo* son á su juicio mas bien jaropes de botica que manjares propios de cristianos. Convengo sin dificultad en que un gastrónomo que quiera pasarlo bien, no es ciertamente á Londres adonde debe dirigir su apetito, sino á París; pero estoy muy léjos de conceder que la cocina inglesa sea, como pretenden aquellos malcontentos, una digna rival de la de las brujas de Macbeth. En ninguna parte hay carnes mas delicadas ni se asan con igual perfeccion los *chops* (chuletas de carnero.)

On mange partout on ne dine qu'en France, es frase corriente entre los franceses que han viajado mucho. Tan aplicable es esa verdad á nuestra España, que al ir á verter esa máxima al castellano, me encuentro con que ni siquiera hay vocablos con que espresar esa diferencia científica-culinaria entre *manger* y *diner* que constituye su profunda intencion. En España espresamos las dos ideas con el verbo *comer*, que es la traduccion literal de la primera palabra (*manger*); para espresar la segunda, tenemos que valernos de un rodeo. Sucede aquí lo mismo que en punto al *comfort*, segun dije antes; no tenemos la palabra propia para espresar la idea que con ella se presenta, porque no tenemos la *cosa* á que se aplica esa *idea*: las lenguas son el reflejo exacto de las costumbres de una nacion. La lengua inglesa tiene voces propias, como el francés, para espresar la diferencia que hay entre comer (*to eat*) en el sentido de satisfacer la necesidad de nutrirnos que nos es comun con los irracionales, y *to dine* (en francés *diner*), que significa *comer á la mesa* con los refinamientos que la cultura social ha añadido al acto material de matar el hambre. Pero la verdad es que si los ingleses tienen la palabra que espresa esta *idea*, no tienen la *cosa*, y en este punto están todavía mas atrasados que nosotros. Su cocina es incomparablemente mas sencilla, mas pobre, mas primitiva que la nuestra. No han adelantado un paso desde el siglo XII acá; comen como comian sus antepasados los sajones y los normandos del tiempo de la conquista, en calidad y cantidad. Escusado parece añadir que si no han dejenerado en la robustez de su apetito, tampoco han venido á menos en su aficion á empinar el codo,—los ricos con nuestro esquisito Jerez, verdadero rey de los vinos, que liban con una especie de beatitud parecida á la devocion,—

los pobres con *porter* que, segun el ritual inglés, debe beberse en el mismo jarro en que se sirve,—otra reliquia de las tradiciones sajonas, si ya no es que se remonta á la época dinamarquesa ó al tiempo de los romanos. Inglaterra es el país del respeto á los antiguos usos.

El lector sobrio me perdonará estos pormenores materialistas, á que sin embargo era preciso descender para completar el cuadro de la vida en Londres: por mucho que queramos espiritualizarnos, siempre el comer y el beber han de ser necesidades fatales con que es preciso contar; no hay remedio. Pero pasemos á mas ameno asunto, aunque de menos sustancia. *Paulo majora canamus*.

Cinco cosas llaman desde luego la atencion del forastero en cuanto pisa las calles de Londres, á saber; la hermosura encantadora de muchas mujeres y de casi todos los niños, el aspecto lúgubre de las casas, la seriedad de los hombres, el tamaño enorme de los caballos y la fealdad horrible de las viejas. Decia lord Byron que la raza inglesa es la aristocracia del género humano; no sé quién ha dicho que la Inglaterra es como un nido de cisnes en medio de los mares, y es por último opinion corriente entre los etimologistas y anticuarios que su nombre actual viene á significar la *isla de los ángeles*; pero téngase por cierto que, ninguna de estas doctas esplicaciones ó si se quiere, graciosas figuras retóricas, habla con las viejas del país, que parecen verdaderos diablos, sobre todo cuando les da por emperegararse y hacerse las niñas, sin merecer la patriótica hipérbole de lord Byron, la raza inglesa es sin duda hermosa. Altos, robustos, aunque bastante desgarrados, los hombres tienen en general un aspecto grave y noble, á que contribuye mucho lo muy derechos que se tienen y el sumo aseo con que visten: en toda su persona respira además un vivo sentimiento de la propia dignidad que (sea dicho sin ofender á nadie) solo en Inglaterra se encuentra, á lo menos en tan alto grado. Pasan por muy bruscos, por poco amigos de los extranjeros y por muy estrafalarios: creo que en efecto merecen estas tres calificaciones, pero aun prescindiendo de lo mucho que se exajera en este punto, estoy muy léjos de tomarlas en mala parte, como generalmente se toman. Cada uno habla de la feria como le va en ella: yo de mí sé decir que he tratado á muchos ingleses, y que no he visto en ellos hostilidad ni aun desvío; al contrario; los he encontrado afa-

bles, obsequiosos, serviciales. En un país en que hay un refrán, que dice *the time is money* (el tiempo es dinero) y en que este refrán es verdad, la amabilidad de los hombres no puede revestir las mismas formas *holgazanas* que en el nuestro, por ejemplo, donde la frase característica de *hacer matar el tiempo*, demuestra que este no vale nada en la opinión común y que antes bien se le mira como á un enemigo: así un inglés no le hará á uno visitas de dos horas, ni le acompañará á paseo todas las tardes; pero en cambio, cuando empeña una palabra, puede contarse con ella: cuando hace una oferta, se puede estar seguro de que es cordial. Yo creo que esta es la verdadera amabilidad. Se dice también generalmente que las casas inglesas son fortalezas inexpugnables para el forastero; que las familias viven en un aislamiento absoluto y que hay un rigorismo absurdo en la etiqueta: en todo esto hay algo de verdad, pero muy poco. Por lo mismo que en general los ingleses son muy formales, no prodigan la confianza á la ligera, y de aquí el que no admitan en el interior de su hogar doméstico mas que á las personas á quienes conocen muy bien; pero una vez conocidas, las admiten con la mayor cordialidad. ¿No vale esto mas que encajar de buenas á primeras á cualquier medio conocido la frase vulgar de *esta casa está á la disposición de Vd?* Lo de que las familias viven con el mayor aislamiento carece de toda verdad; y eso que llamamos rigorismo de la etiqueta no es mas, bien mirado, que una muestra del mutuo respeto que se tienen las gentes unas á otras, consecuencia natural del que á sí mismas se profesan y sin el cual no puede haber *dignidad* y hasta es muy difícil que pueda haber *virtud*.

Todos convienen en que las familias inglesas, señaladamente en las clases medias, son acabados modelos de buenas costumbres. Una de las peculiaridades de estas es la estremada libertad de que gozan las mujeres solteras y no alcanzan á las casadas, á diferencia de lo que se practica en nuestros países, no sé si con mejor ó peor consejo: me inclino á este último. Basta el buen sentido para conocer que mas natural es que disfrute del mundo (en los límites de lo lícito, por de contado), una mujer exenta de obligaciones, que no la que ha aceptado al pie de los altares el sagrado depósito del honor y la felicidad de una familia. Responden á esto algunos que nuestro *clima* no consiente que se dé libertad á las mujeres solteras, pero yo

creo que si esa razón valiera, sería igualmente aplicable, y con mayor motivo, á las casadas; pero dejemos esta materia sobrado resbaladiza y limitémonos á consignar el hecho de que las costumbres inglesas, muy puras en las clases medias, no lo son tanto en las bajas, y lo son todavía menos en las altas. Tal es á lo menos la opinión que, á lo que he observado, predomina en el país.

Con muy contadas escepciones, cada familia ocupa en Londres una casa entera. Estas, construidas con arreglo á un tipo casi universal, se componen de tres pisos sobre el nivel de la calle, y otro subterráneo ocupado por la cocina y sus dependencias. En el piso bajo se encuentran el comedor y una pequeña sala llamada *parlour*; el principal está ocupado por las piezas de recibo; en el segundo están los cuartos de dormir de los amos, en los que jamás pone los pies persona alguna extraña á la familia, ni aun los de mayor confianza; y en el tercero están los cuartos de los criados y el departamento especialmente consagrado á los niños pequeños, á que se da el nombre de *nursery*. Un pequeño foso, rodeado de una verja de hierro, separa la casa de la calle: la puerta que da á esta, estrecha, no muy alta y de una madera bien pulimentada permanece constantemente cerrada, salvo cuando se abre para dar paso á las personas que entran ó salen; por manera que el portal ó zaguan, y la escalera, depósito frecuentemente en nuestras casas de toda clase de suciedades, son en las de Londres verdaderas piezas de paso; en las casas de los ricos están elegantemente decoradas con estatuas y flores, de que hay en Londres maravillosa abundancia; muy raras son las que no están alfombradas desde la puerta misma de la calle hasta las guardillas, cosa que en nuestras casas de vecindad donde el zaguan y la escalera son un terreno neutro, abierto á todo el mundo, no es posible. Ya en París sin embargo, se va generalizando la costumbre de alfombrar las escaleras, aun en las casas de muchos vecinos, lujo en verdad poco racional: tanto valdría alfombrar las aceras de las calles.

Otra cosa llama grandemente la atención en estas, y es la uniformidad de traje entre pobres y ricos de ambos sexos, anomalías chocante y que no me esplico en un pueblo dotado de tan buen sentido como el inglés. Ver á una mujer barriendo las calles con sombrero de plumas, chal, y vestido de baile; ver á un mendigo pedirle á uno una limosna con

frac negro, y á un carnicero llevar al hombro un enorme tasajo de vaca cruda, con levita y sombrero de copa alta, son espectáculos á que es difícil acostumbrarse. Falta en la sociedad inglesa, á lo ménos en las ciudades, un traje popular; los pobres se visten allí con los despojos de los ricos, y es en verdad cosa risible y aflictiva al mismo tiempo el contraste entre unas clases y otras, aunque todas vestidas con los mismos trajes, solo que limpios y nuevos en la gente acomodada, viejísimos, lleno de girones y de los mas extravagantes solecismos de *toilette*, en la gente pobre. No es raro encontrarse dando tumbos por delante de las ricas tiendas de *Regent's Street* á una tia borracha con vestido de seda y sin zapatos: por supuesto que el tal vestido ha sido evidentemente pescado con un gancho en algun basurero, despues de haber figurado meses antes en los salones del palacio real de Buckingham ó de San James.

He llegado al fin de este 2.º artículo sobre Londres, y hecho de ver que todavia no he dicho nada de lo que al parecer prometia su título: no he descrito ninguno de los magníficos monumentos con que se honra la capital de la Gran Bretaña; ni he dicho mas que pocas palabras de sus deliciosos parques, ni he bosquejado su historia ni dado una idea de su administracion municipal, rara como todas las cosas inglesas, pero de admirables resultados en la práctica. Por último, no he llevado á mis lectores á una rápida excursion por las cercanías de Londres, que serian un paraíso terrenal si Dios les hubiera dado otro clima. Yo procuraré ir poco á poco supliendo estas faltas; entre tanto, para completar el bosquejo (nada mas que el pálido bosquejo) de la fisonomía moral de Londres, que es lo que me he propuesto en estos artículos, réstame recordar un rasgo muy característico de la sociedad inglesa, y es el aspecto singular que toman todas sus poblaciones, en especial Londres, los domingos. El puritanismo inglés ha tomado al pié de la letra el precepto del reposo dominical, y Londres en tales días parece un cementerio: todas las tiendas están herméticamente cerradas, cesa casi por completo el movimiento de carruajes y de transeúntes por las calles, y ni es lícito tocar un piano ni reírse de una manera bulliciosa. El pueblo inglés, siempre de suyo muy taciturno, lo es doblemente los domingos: cada vecino de Londres se convierte por veinticuatro horas en fraile trapense ó en viva imagen del *Convidado de piedra*.

Réstame decir que los teatros de Londres valen poco, si se exceptúa el llamado *de la Reina*, destinado á la ópera italiana, que allí (para que todo sea á la inversa de lo que pasa en otras partes) se abre en los meses de verano, llamados por escelencia la estacion (*the Season*), no corresponden á la magnificencia de aquella gran capital. Tienen los ingleses excelentes actores, sobre todo en el género trágico: el mas afamado hoy es Carlos Kean, digno heredero de la gloria artística de su ilustre padre, cuya vida llena de tempestades da asunto á uno de los mas interesantes dramas de Alejandro Dumas (*Kean ó Genio y desorden*). Lo mismo que el nuestro, y que la mayor parte de los teatros de Europa, el inglés vive hoy casi exclusivamente de traducciones de la escena francesa.

Otra peculiaridad inglesa y sea por hoy la última: los periódicos en Londres no tienen suscritores, como en todas partes, sino compradores ó mas bien alquiladores. Mediante la retribucion de uno ó dos peniques se alquila el que se quiere por unas cuantas horas. Este raro método de publicacion no obsta para que los periódicos ingleses sean los mas leídos del mundo. La tirada diaria del *Times* es de sobre 20.000 ejemplares, y como las dimensiones de este periódico son las de una pequeña sábana, por lo que puede decirse que equivale, cuando menos, á seis de los nuestros, resulta que entre todos los que se publican en España no gastan ni la mitad de papel ni la cuarta parte de letra que el *Times* solo.

EUGENIO DE OCHOA.

En el álbum de la distinguida escritora D.^a Eloisa Gattebled de Santa Coloma.

Pájaro triste, y en lejano suelo
Solo en los bosques, de la patria mia
Alcé mi canto al azulado cielo
Con sencillo trinar.

Y lejos de sus álamos frondosos,
Lejos de sus arroyos bullidores,
Lejos de sus praderas y sus flores,
¡Ay, no puedo cantar!

Este horizonte para mí no tiene
Espacio, luz, estrellas ni alegría....
¡Siempre una nube, de tristeza viene
Mis ojos á cubrir!

Mas tengo amor... y aunque recuerde ahora
El cielo de Aragon, puro y bendito,

El de aquí amo también, que necesito
Amar para vivir!

Perdóname, Eloisa, si ha espirado
Por ahora la voz en mi garganta;
Perdona, si á mi pecho he arrancado
Gemido de dolor.

Si adviertes en mi acento la tristeza,
Si hoy en vez de alegría te doy lloro,
En mi seno hallarás rico tesoro
De ternura y de amor!

M.^a DEL PILAR SINUES DE MARCO.

Madrid: Febrero 1886.

LA MODISTA.

BOCETO DE UN CUADRO DE COSTUMBRES.

La modista.

I.

Héme amigo lector con la pluma en la mano y reflexionando sobre la obligación contraída de trazarte el tipo cuyo nombre has visto en el epígrafe: tipo curioso é interesante y en el que mas de una vez se revelan las aristocráticas aspiraciones, que conducen cual poderosas influencias á marcar cierto sello á las oficiales de obrador y á la modista.

¿No has reparado alguna vez en esas lindas muchachas, que á las ocho de la mañana, á la una del día y al anochecer atraviesan las principales calles de la corte, ya en grupos de dos, tres ó mas, ó ya solas y seguidas de tal cual *pollo* que *pia* á su lado enamorada cantilena? ¿No has visto sus rostros mas ó menos agraciados, pero siempre alegres, siempre burlones y provocadores?.....

La modista verdaderamente dicha, y sin comprender bajo este nombre otras que las que se ocupan de adornos y vestidos, se dividen en dos grandes secciones.

La oficiala de obrador y la modista.

Primero te daremos á conocer la mas sencilla; es decir, aquella que no ejerce el poderoso influjo que la otra, así en los asuntos de familia como en los de sociedad.

II.

La oficiala de obrador.

En la calle de la Montera número 20, trabaja Luisa, jóven de 15 años, rubia y de ojos azules hermosísimos: hija de la viuda de un retirado, y que tiene necesidad de ayudar á su madre con la

labor para vivir algo mas cómodamente. En tiempos de mejor fortuna y cuando viviendo su buen padre, disfrutaban del corto sueldo de su retiro, fué educada con esmero y en los principios de la mas rigida moral. Hoy con menos recursos, como hemos dicho, trabaja en uno de los mejores obradores. Levántase una hora antes de la señalada para ir á su trabajo; y pasa regularmente las tres cuartas partes de ella en peinarse unas preciosas cocas; porque Luisa, merced á la divina providencia, tiene una magnífica cabellera rubia. Se viste, almuerza, y dá por fin antes de salir, esa última mano al tocado, con que todas las mujeres parece le imprimen la mas delicada perfección. Pone Luisa el pié en la calle, pié precioso y diminuto y lujosamente calzado, y su aire y su gracejo llama la atención de mas de un escribiente, de un artista ó de un criado de servir que vuelan en pos de sus respectivas obligaciones, y que sin embargo se detienen al paso de la hechicera Luisa para decirle «alma mía, me muero por V.» «¿Quiere V. que la acompañe?» «Bendito sea ese garbo y ese aquel tan saleroso...» y otras flores mas ó menos delicadas; pero que todas denotan el interés que inspira la gracia y la juventud.

Hemos dicho, queridísimo lector, que Luisa calza lujosamente, y también hemos adivinado tu pensamiento, dirás, ¿si es pobre como calza con lujo? Vamos despacio. En materia de lujo no siempre lo mas rico es lo mas bello, ni mucho menos lo que mas favorece. Todas las cosas necesitan de cierta armonía; en ella consiste lo que llamamos buen gusto y exquisita elegancia. Con sola esta esplicación comprenderás perfectamente por que te hemos dicho que Luisa calzaba bien.

Su traje consiste en un vestido de percal en buen uso, y sobre todo muy limpio y muy planchado; un pañuelo manton de lana; un manto de seda con graciosa puntilla, que permite ver su blondo cabello, y calza unas preciosas botitas color café con ribetes de charol. Con este traje siempre nuevo y siempre limpio, cruza Luisa las calles mas céntricas de la capital, dando envidia á mas de una elegante señorita, dolores de cabeza á mas de un almibarado pollo, y haciendo inclinar la balanza de consideraciones en favor del matrimonio á mas de diez contumaces gallos.

Luisa tiene muy buen carácter y no carece de talento, es alegre y así que todas las compañeras la miran bien y cuentan con ella siempre para mil inocentes travesuras. Por ejemplo: el sábado han reunido lo suficiente para tomar café ó entrar en una pastelería; Luisa es la encargada de pagar el gasto y asimismo la de adelantar un cuarto de hora el reloj del obrador para no llegar mas tarde de lo regular á casa. Sale la maestra á probar y entonces nuestra Luisa cuenta á las compañeras la antigua opulencia de su casa, en tanto que unas y otras saborean algunos restos de bollo y en tanto que la labor descansa: llega la maestra, vé que no ha adelantado mucho la labor, pero todas cosen sumamente atareadas y nada tiene que decir. De este modo, y ya contando anécdotas,

ya cuentos, ya sus noviazgos; pero siempre alegre y siempre riendo pasan las horas del trabajo hasta que da la una y cada cual marcha en pos de otras necesidades.

En Madrid, en la calle y á la una del día hay tanto que ver, tanto que observar, y sobre todo tanto ocioso que malgasta el tiempo, que apenas pasa día en que nuestra heroína no encuentre un compromiso. Es muy niña y tiene buen corazón: corazón lleno de mil poéticas ilusiones; corazón, que limpio de engaños y solo barnizado por una ligera tinta de malicia que la hace aun mas interesante, se rinde con facilidad al halagüeño lenguaje de un amor poético y fogoso. Ya se vé, ¡hay tal necesidad de amar á los quince ó diez y seis años!....

III.

—Ya no hace caso de nosotras por ese pendon que la acompaña.—Si; ¡pues no vá poco tonta la niña.... Así hablaban há pocos días dos compañeras de nuestra Luisa, viéndola llegar acompañada de un jóven elegante y al parecer fino. Al verlas Luisa hizo un movimiento de disgusto: aquellas se sonrieron, y esta se despidió del jóven entrando en el obrador. Nada odian tanto las mujeres como las atenciones que se prodigan á las demás. Luisa está enamorada, tiene un novio, exclusiva ambicion de la mujer á cierta edad, y por consecuencia ha caído en desgracia para sus compañeras. Las indirectas mas claras y las saetillas mas picantes martirizan á la sensible Luisa: ama á aquel jóven, y sufre con dolorosa resignacion la burla de sus amigas.... Sin embargo, ya lleva quince días de relaciones, es decir, que por término medio se han hablado media hora treinta veces, y en este período ha tenido ocasion de fastidiarse otras tantas del elegante jóven; de manera, que poco á poco va adquiriendo otra vez el cariño de las compañeras y mezclando alguna su sonrisa burlona á la de sus amigas.

Luisa tambien es aficionada al baile, y no perdona un día festivo sin ir á dar una vuelta en *Capellanes*. Entonces sí que aparece bella: con los ahorros del trabajo se ha hecho un vestido de seda negro y una manteleta de lo mismo, que luce solo en este sitio y en los días de baile. Su breve cintura ondula flexible como una palma, y su pié, ese pié tan hechicero y por el que tantas flores ha escuchado, resbala rápido sobre la alfombra, acompasando un voluptuoso wals de *Wether* ó de *Straus*, en tanto que la cabeza inclinada un poco sobre el hombro de su afortunada pareja, imprime á su fisonomía una espresion lánguida y apasionada, y hace estremecerse mas de una vez al que percibe el ligero roce de sus rizos.

Este es su verdadero centro. En el baile es donde mas claramente se manifiesta su talento. Escucha las galanterías de mas de un amador, é insensiblemente principia á iniciarse en la que tan falsamente se llama *política de sociedad*.

Ya tenemos, amabilísimo lector, completamente

NOVIEMBRE.

transformada á nuestra heroína. Ya no es la oscura niña de trage y modales sencillos; hoy es una jóven de *buená sociedad*, como ella dice: hoy sabe contestar perfectamente á las galanterías que se la dirijen con significativas miradas, escogidas frases y estudiados cumplimientos, y mas de una vez la hemos escuchado sostener el siguiente diálogo:

—Es V. muy linda.

—Y V. muy galante.

—Si V. gusta favorecerme con esta polka.

—Pst... bailaremos.

Después continúa una serie no interrumpida de vueltas y revueltas, giros á derecha é izquierda, retiradas y avances, etc.... y principia de nuevo la conversacion preguntándola el caballero.

—¿Acostumbra V. venir todos los domingos?

—No, señor, porque mamá no quiere; contesta nuestra Luisa, á pesar de que sabe no falta un solo día.

—¿Y podría tener el gusto de ver á V?

—No salgo, responde con la mayor naturalidad; y después de una entretenida discusion por este órden, y de que hacemos gracia á nuestros lectores, se convienen galán y dama, y una cita es el prematuro resultado de la diversion á que con tanto afán se lanza nuestra Luisa. A esta siguen otras, y por punto final se entablan unas relaciones....

Con unos ojos tan tentadores, y una conversacion alegre é interesante, nunca está su corazón vacío; y así trabajando durante la semana, riendo siempre y bailando los domingos, pasan los meses y los años, hasta que por su buen palmito y excelentes cualidades se casa.... si, queridísimo lector, se establece y une en vínculo indisoluble con algun empleado, comerciante ó artista.

FELIX TALEGON DE SANTIAGO.

A LA PRIMAVERA.

Huyó por fin el perezoso invierno:
Las pardas nubes que apiñadas antes
Coronaban los turbios horizontes
En gigantescas masas divididas,
Disipándose van. Ya no se escucha
Mugir soberbio en las quebradas rocas,
Ni trémulo azotar las ramas secas,
Al ábrego sañudo; ni á su empuje
Rechinando girar en la alta torre
La atrevida veleta. Leves giran
Por el tranquilo azul del firmamento
Timidas bandas de fugaz blancura,
Recamadas de púrpura y de oro.
Con ellas ciñe virginal la aurora
Sus contornos de luz cuando en oriente
Al mundo anuncia la feliz mañana,
Y el mundo todo de placer sonríe.

Portadora de dulces armonías,

5

El aura en fácil y apacible vuelo
 Sus alas tiende, y bulliciosa mide
 De la ancha vega la llanura hermosa,
 Y todo al soplo de su amor verdea.
 En risueña cascada se desprende
 Del alto monte el saltador arroyo
 Y al prado llega y lo fecunda y baña:
 Y ora entre juncos murmurando corre,
 Ora en remansos por correr se inquieta,
 Ora su dócil curso prosiguiendo,
 Las caprichosas márgenes matiza
 De tiernas flores que á su paso brotan,
 Y al dulce influjo de su aliento crecen.

Y pomposa la vid, fresca y lozana,
 Del olmo ciñe el corpulento tronco,
 Trepá á sus ramas y en la altiva copa
 Bríosa muestra su naciente fruto.
 Riza sus ondas sin descanso el río,
 Doblan su tallo las esbeltas cañas;
 Él les da perlas de su rica espuma,
 Y ellas temblando de placer suspiran;
 Y en dulces besos y sentidos aves
 Sus dichas cantan y su amor le dicen.
 Todos cubiertos de riqueza y gala,
 Pródigos de perfumes, á lo lejos
 Formando bosques, los naranjos tienden
 Sus verdes ramos, de azahar vestido
 El dulce fruto de color de oro.

Y las aves en tanto ya se ocultan
 En el follage oscuro, ya ligeras
 Con vuelo desigual cortan el viento,
 Ya, caprichosos círculos formando,
 Lucen sus alas de brillantes plumas,
 Lucen su voz en armoniosos trinos.
 Naturaleza toda se levanta
 Fecunda en flores, de perfumes llena
 Y respirando amor. Abre el tesoro
 De sus inmensos bienes, y afanosa,
 Como tributo de su amor, lo ofrece
 Al apacible cielo que la admira,
 Al encendido sol que la fecunda,
 Lo mismo que en la edad de la inocencia,
 Por deliciosos sueños de esperanza
 Atraviesan risueñas ilusiones;
 Así en el campo de colores lleno
 Ahora se siente resbalar tranquilo,
 Brillante y claro el bullicioso día,
 Tibias y castas las serenas noches,
 Dulces las horas.

Primavera hermosa,
 Primavera feliz, bendita seas.
 Don celestial, magnífico presente,
 Estacion de los dulces pensamientos,
 Estacion del amor. Harto cansada
 De las pálidas horas del invierno
 El alma te esperó. Tu influjo blando
 Despierta al triste corazón dormido
 En el sueño mortal de sus pesares.
 Renacen ¡ay! como tus bellas flores
 Las bellas esperanzas. La alegría
 Brota del blando sol de tus mañanas,

Y es preciso olvidar. No mas recuerdos
 De penosa inquietud. ¿Acaso solo
 Es patrimonio de la vida el llanto?
 Quien las penas nos dió, no dió el consuelo?
 Renace corazón, olvida y vive;
 Puedes amar también; naturaleza
 Tiene templos de amor, y en sus altares
 El alma del pesar se purifica.
 ¡Cuán dulce y perfumado el pensamiento
 Vuela en las brisas, y en las flores bebe
 Misterios infinitos de ternura!...
 Sé bien venida. Primavera hermosa;
 ¡Primavera feliz, bendita seas!

JOSE SELGAS Y CARRASCO.

APUNTES DE UN DIARIO
 DE
 MIS VIAJES POR ITALIA,
 POR
 D. J. M. de Goizueta.

Los Benedictinos de San Nicolás el Viejo.

La noche del 8 de Agosto de 1842 hallábame
 sentado en uno de los bancos de popa del vapor
Trappani, que saliendo de Marsella, recorre las
 costas de Francia, Italia y Sicilia hasta Catania.

Ocupaban mi mente ideas bien tristes por
 cierto, puesto que me había despedido de mi que-
 rida patria, dirigiéndome á la India.

A cada vuelta de las ruedas del buque, se
 oprimía mi corazón al pensar que quizá no vol-
 vería jamás á pisar mi país natal, que quedaba
 aniquilado á resultas de una larga guerra civil re-
 cien finalizada, y con otra no menos terrible en
 perspectiva.

Tan absorto estaba en mis meditaciones, que
 no paré la atención en otro pasajero que en pie
 junto á mí, aspiraba con delicia la suave brisa
 que besando los aromáticos vergeles de Sicilia,
 nos traía en sus pliegues mil átomos olorosos, re-
 frescando nuestro abrasado rostro tostado por
 el sol.

—Etna! Etna! Yo te saludo, antorcha de Si-
 cilia; faro benéfico que de lejos me muestras mi
 patria querida.

Esta repentina exclamación del pasajero me
 despertó, por decirlo así, del estado de melancó-
 lica somnolencia en que me hallaba sumergido.

Fijé mi vista en él, y observé que gruesas lá-
 grimas se desprendían de sus párpados, y que
 con los brazos estendidos hacía adelante parecía
 querer abrazar un objeto lejano.

Entonces divisé á través de las sombras de la
 noche la silueta de una altísima montaña, que se

destacaba en lontananza sobre el fondo azul oscuro del firmamento.

La noche empezaba á confundirse con los primeros albores del crepúsculo matutino. Era una noche de Italia, no parecida á ninguna otra.

El azul mate de un inmenso horizonte cortado por la parte de oriente con algunas ráfagas de color sonrosado, embelesaba la vista, y el firmamento sembrado de innumerables estrellas, nos cubría como un magnífico é incommensurable dosel.

El mar se veía rizado por la brisa, reflejando en sus mil pequeñas olas el brillo de las estrellas, y rasgábase á veces su superficie al esfuerzo de los encorvados lomos de juguetones delfines que bufaban de placer.

Figurábase me asistir al nacimiento de Venus, ó á los desposorios de Anftrite, que paseaba el mar Tirreno muellemente reclinada en nacarada concha, arrullada por el dulce canto de las sirenas, y entretenida con el bullicioso juego de tritones y nereidas.

A nuestra izquierda divisábanse en confusa oscuridad las costas de Italia.

A nuestro frente el faro de Mesina, como un centinela avanzado, dispuesto á guardar la entrada del canal de Sicilia.

Algo inclinado á la derecha, el monte Etna con su penacho de humo rojizo: y allá, muy lejos, fuera del alcance de los anteojos de noche, Malta la célebre, baluarte cristiano, sagrado recinto guardado por aquellos famosos caballeros, terror de los califas egipcios y de las huestes de los Soldanes.

Al acercarse á sus murallas, se asombra el viajero al divisar el rojo uniforme inglés en lugar de las brillantes armaduras de los antiguos guerreros.

Malta es una nueva prueba de la buena fé británica.

El pasajero en tanto proseguía sus exclamaciones, que denotaban el placer con que se acercaba á su patria, y á veces le oía murmurar algunas canturias nacionales, vagos recuerdos de Bellini.

Acerquéme á él, y le saludé deseando conversar con aquel hombre, que como yo, prefería el aire libre al sofocante calor de un camarote.

El pasajero me correspondió cortesmente, y entablamos el siguiente diálogo.

—Paréceme, caballero, le dije, que os causa sumo placer este viaje.

—No os equivocais, señor, me contestó con la amabilidad característica del italiano. Espero ver de aquí á dos horas á mis amigos y parientes, y respirar despues de seis años de ausencia los aires embalsamados de mi patria.

—Os doy por ello mi sincero parabien, y ojalá pueda yo decir otro tanto algun día.

—Viajais por curiosidad? me preguntó fijando en mí sus negros ojos.

—De todo hay en mi viaje, le contesté con tristeza.

—Dispensad tan indiscreta pregunta: creí que fueseis uno de los muchos curiosos que vienen á

visitar este país tan rico en grandes recuerdos, y si así fuere, creo que podré servirlos de mucho. La vista de mi patria me ha infundido tal alegría, que quisiera comunicársela á los demás.

Semejante franqueza me movió á declararle las causas que motivaban mi viaje, y el punto á donde me dirigía.

—¡Ay amigo mío! exclamó al oirme: en vuestra presencia teneis otra víctima de los partidos políticos en que está dividida mi patria como la vuestra. También en Sicilia hemos tenido patibulos y destierros. Por ahora felizmente parece que disfrutamos de alguna tranquilidad, y vuelvo á mi país á gozar de ella. Animo pues, que quizá pronto volvais á España: la paz es demasiado hermosa para que pueda permanecer velada mucho tiempo con los sangrientos velos de la guerra.

A instancias mías el siciliano me hizo una reseña de todas las poblaciones á cuya vista habíamos navegado durante el día y parte de la noche; y señalándome la cúspide del Etna, me dijo:

—Ahí teneis el famoso volcan del Etna: mañana si gustais, tendré el placer de acompañaros á visitar su cráter: espectáculo es que no se presenta con frecuencia al viajero, y os aseguro que nada perdereis en verlo. Mirad aquella mancha blanquizca que se divisa en la falda meridional de la montaña: aquella es Catania la bella, mi adorada patria, cuna de Bellini, del inmortal Bellini, cuyas dulces melodías hacen las delicias de la Europa: murió como mueren todos los genios: flor delicada que se apresura á prodigar sus aromas, y que se agosta y muere temprana á impulso de un esfuerzo supremo. ¡Catania, Catania! prosiguió entusiasmado; ciudad de palacios y jardines; ciudad en que el soplo espirante del *Simoun* viene á mezclarse con las brisas de la Calabria, templando la atmósfera, y vivificando las flores. ¿Veis aquella aguja que se eleva sobre la ciudad, y que brilla reflejando los rojizos resplandores de la aurora? Aquella es la famosa iglesia de San Nicolás el Nuevo cuyos religiosos viven como principés, en vez de pasar su vida en penitencia y soledad segun su regla lo prescribe. ¡Ah! exclamó interrumpiéndose de pronto: tal vez os estoy incomodando con mi charla mientras deseais dormir y descansar un rato.

—Nada de eso, amigo mío; antes al contrario me complace en haber encontrado un *cicerone* tan complaciente. Además á mi me gusta en extremo presenciar la salida del sol, y aquella linea brillante que diviso en el Oriente me hace creer que no debe tardar en aparecer.

—Veo que congeniamos; y ya que aun tardaremos un par de horas en llegar á Catania, y mientras nos visita el sol, os contaré un acontecimiento á que dió lugar la traslación de los frailes benedictinos del convento de San Nicolás el Viejo, al Nuevo que ahora ocupan.

—Con mucho gusto, y si me lo permitís, iré tomando algunas notas en mi libro de memoria, aquí, junto al farol del timonel.

—Estoy á vuestras órdenes, señor mío.

—Cuando gusteis, amigo, dije preparándome á escribir.

Sentémonos pues, y escuchadme.

—El convento de S. Nicolás, el mas rico de Catania, y cuya cúpula podriais divisar desde aqui, fué construido á mediados del siglo pasado.

La iglesia y el jardin son dignos de visitarse; la iglesia por sus columnas de mármol verde y por el magnífico órgano, obra de un fraile calabrés que por toda remuneracion exigió ser enterrado bajo su obra maestra: el jardin por los obstáculos que ha sido necesarios vencer, puesto que siendo su suelo de lava, la tierra que lo cubre ha sido conducida en hombros.

La regla del convento de S. Nicolás fué rigida en otro tiempo.

Los frailes debian habitar sobre el Etna en los limites de las tierras habitables, y por eso su primer monasterio fué construido á la entrada de la segunda region, tres cuartos de milla mas arriba de Nicolossi, último pueblo que se encuentra subiendo al cráter.

Pero como todo se debilita y relaja á la larga, la regla perdió poco á poco su rigor primitivo, y suspendiéronse las obras que servian para reparar las ruinas, y tapar las numerosas grietas del convento.

Habiéndose hundido á consecuencia de esto las techumbres del refectorio y sala de capítulos, los frailes cansados de vivir en aquella soledad, hicieron construir la magnífica iglesia de Catania que tomó el nombre de S. Nicolás el Nuevo, para distinguirse de la otra que en lo sucesivo fué conocida con el de S. Nicolás el Viejo, ó *San Nicolo sull' Etna*.

Durante algunos años los frailes emigraban al antiguo convento para pasar en él los rigurosos calores del estío.

Después se fué abandonando poco á poco el monasterio en cuestion, se pasaron algunos veranos sin que los frailes saliesen de Catania, y al fin lo abandonaron del todo, no sin hacer correr la voz de que iban á emprender algunas obras para repararlo, de lo cual se guardaron muy bien.

Este cambio de habitacion fué causa de un *quid pro quo* bastante curioso.

En 1806, el conde de Weder, alemán castizo como su nombre lo indica, salió de Viena con ánimo de visitar la Sicilia.

Embarcóse en Trieste, tomó tierra en Ancona, se dirigió á Roma, detúvose allí como en Nápoles para procurarse algunas cartas de recomendacion, se hizo de nuevo á la mar, y desembarcó finalmente en Catania.

El conde de Weder sabia de muchos años atrás la existencia del convento de S. Nicolás, y la reputacion de que gozaban los frailes de poseer entre sus hermanos legos el mejor cocinero de toda la Sicilia.

El buen conde que era un gastrónomo de marca mayor, comió un dia en casa del embajador de Austria en Roma, y no se olvidó de pedir á uno de los cardenales que asistieron á la comida una

carta de recomendacion para el superior del convento de S. Nicolás.

La carta era obligatoria: se recomendaba en ella al conde como á un noble y fervoroso peregrino, y se solicitaba para él la mas cordial hospitalidad mientras durase su permanencia en el monasterio.

El conde era un sabio á la manera que lo son algunos de sus compatriotas; es decir, que habia leído una porcion de libros viejos, y con ayuda de sus aserciones por absurdas y ridiculas que fuesen, podia citar ciertos nombres desconocidos, dando á sus paradojas cierto tinte de magestad pedantesca.

Entre sus libros viejos habia uno que contenia el catálogo de todos los conventos de benedictinos que existian en el globo, y habia leído y retenido en la memoria con esa tenacidad propia de los alemanes, que la regla de los benedictinos de S. Nicolás de Catania les obligaba, como llevo dicho, á habitar entre el último limite de la *regione collivata* y la primera de la *regione nemorosa*.

Así es que cuando llegó el muletero que le habia de conducir á S. Nicolás y le preguntó si queria ir al Nuevo ó al Viejo, el conde respondió sin titubear:

—*A San Nicolo sull' Etna*.

Esto era cuanto el buen conde sabia en italiano.

No era pues dudosa la determinacion, puesto que la respuesta era perentoria: el muletero sin embargo aventuró algunas observaciones, pero el conde le tapaba la boca diciendo:

—Yo os pagaré bien.

Nadie ignora el poder de semejante argumento: el mozo de mulas saludó al conde, y media hora después volvió con las cabalgaduras.

—Marchamos? dijo el conde.

—Cuando guste su excelencia.

Y los dos viajeros se pusieron en marcha.

A poco tiempo cerró la noche: no era época de luna y la oscuridad era tal, que apenas se divisaban los objetos á cuatro pasos de distancia: pero como el mozo de mulas conocia perfectamente el terreno, no corrian riesgo alguno de perderse.

Dirigióse por un sendero apenas perceptible y que se separaba á la derecha del camino real.

Un cuarto de hora después entró en la region de los bosques, dejando atrás la region cultivada.

Al cabo de otra hora de penosa marcha, vieron dibujarse en el oscuro horizonte una masa negra é informe.

—Ya estamos en S. Nicolás el Viejo, dijo el mozo de mulas en voz baja.

—Oh! oh! exclamó el conde: ¡qué mal gusto han tenido los frailes en edificar este convento en un sitio tan poco agradable!

—Si gustais, replicó vivamente el guia, podemos volver á Nicolossi, y dormir en la posada del señor Gamellaro que es excelente.

—No lo conozco: además de que lo que yo deseo es dormir en S. Nicolás, y no en Nicolossi.

—*Cerevello di tedesco!* murmuró el siciliano poniéndose en marcha.

Cinco minutos despues se encontraban á la puerta del convento.

Era este una antigua mole del siglo XII, cuyas negruzcas piedras mostraban señales nada equivocadas de las averías que el tiempo y las diferentes guerras que desde su construcción había presenciado, dejan á su paso.

Veíase estampada en sus muros la fecha de todos los incendios y temblores de tierra que había sufrido.

Cada grieta de sus sillares, cada ruina de sus robustas paredes era un testimonio viviente de los sangrientos sitios que en sus tiempos primitivos hubo de sufrir.

Era fácil advertir, á pesar de la oscuridad, que una parte del edificio amenazaba arruinarse.

Sin embargo, las murallas que circun daban el edificio y los torreoncillos que de distancia en distancia se destacaban sobre un cielo azul oscuro sembrado de estrellas, se conservaba en buen estado.

Algunas troneras practicadas con arte en toda la longitud del muro, daban á San Nicolás el Viejo un aspecto de fortaleza antigua mas bien que de monasterio.

El Conde miró esto con la mayor indiferencia, y mandó al mozo de mulas que llamase á la puerta.

Este, que ya había tomado su partido, levantó un vetusto aldabon de hierro cubierto de orin, y lo dejó caer con toda su fuerza.

El golpe resonó en las concavidades del convento, y una campana de siniestro sonido contestó al aldabonazo.

Casi al mismo tiempo se abrió una ventana pequeña abierta á diez pies de elevación; salió por ella un largo tubo de hierro que se dirigió al pecho del conde; asomó á la abertura una cabeza barbuda, y una voz que nada tenía de monacal, preguntó:

—¿Quién vá?

—Amigo: respondió el Conde, separando con la mano el cañon del fusil.

Al mismo tiempo se le figuró que por el ventanillo se escapaba un olor á asado que le regocijó el alma.

—¡Amigo! ¡amigo! dijo el hombre de la ventana: ¿y quien sale garante de que sois amigo?

Y volvió á colocar el cañon en la dirección de antes.

—Mi querido y reverendo padre, contestó el conde separando con la misma sangre fría que la vez primera el arma que le amenazaba; comprendo perfectamente que tomeis vuestras precauciones antes de recibir de noche á los extranjeros, y yo haria otro tanto en vuestro lugar; pero soy portador de una carta del cardenal Morossini para vuestro prior y....

—¿Para nuestro superior? preguntó interrumpiendo el hombre del fusil.

—No, no; para vuestro prior.

—En fin, eso poco importa. ¿Estais absolutamente solo?

—Ya lo veis.

—Pues esperad; voy á abriros.

—¡Caramba! ¡Que buen olor á asado! exclamó el conde apeándose de la mula.

—¡Escelencia! preguntó el guía que ya había descargado el bagage del conde: ¿supongo que ya no me necesitais?

—Pues qué, ¿no quereis entrar conmigo?

—No: prefiero ir á dormir á otra parte.

—Haz lo que quieras: no te necesito.

—¿Quereis que vuelva á buscaros?

—No es menester: el reverendo prior me dará lo necesario para volver.

—Muy bien: en ese caso á Dios, excelencia.

—Adios.

En este instante la llave empezó á moverse en la cerradura, el guía se santiguó, montó en una de las mulas, cogió la otra del diestro, y se marchó al trote largo.

Estaria á mas de cien pasos de distancia cuando la puerta se abrió, encontrándose el conde cara á cara con el portero que acababa de franquearle la entrada, y á quien miraba con atención sostenida para poder descubrir sus facciones.

El portero por su parte examinó atentamente al alemán, y ambos debieron quedar satisfechos de su examen; puesto que el conde, despues de un momento de pausa

—¡Qué bueno es esto! le dijo percibiendo con mas fuerza el olor que salía de la cocina: ¡qué bueno es esto!

—Os parece bueno? preguntó el extraño portero.

—Ya se vé que sí.

—Es la cena del superior que vuelve de una expedición, y á quien esperamos de un momento á otro.

—¡Ola! de predicar algun jubileo, eh?

—Eso es: de un jubileo.

—Entonces llegó á tiempo.

—Os conoce quizá el superior?

—No: pero tengo una carta para él.

—¡Ah! Eso es otra cosa: mostrádmela.

—Hela aquí.

El portero tomó la carta, y á la luz de una linterna sorda que traía en la mano, leyó el sobre que decia así: *Al reverendísimo priore dei benedictini al convento di San Nicolo di Catania.*

—¡Ah! Ya comprendo; dijo el portero.

—¿Con que lo comprendéis al fin? repuso el conde golpeándole amigablemente en la espalda: en ese caso, amigo mio, encargaos de mi bagage, y sobre todo tened mucho cuidado con mis pistolas que están cargadas, y con mi maletin que trae dentro mi bolsillo.

—Ah! ¿Teneis dentro del maletin vuestro bolsillo? bueno es saberlo.

Y apoderóse del maletin con una presteza singular: cargó luego con el resto del equipage, y añadió.

—Vamos, vamos: ya veo que sois amigo: seguidme.

El conde no aguardó á que se lo repitieran dos veces, y siguió á su guía.

El aspecto interior del convento no era menos extraño que su exterior.

Ruinas por todas partes; toneles rotos y vacíos acá y acullá; pero ni un crucifijo ni una imagen siquiera.

El conde se paró un instante, porque era de esa clase de habladores que necesariamente han de pararse para hablar, y esplicó á su guía la sorpresa que le causaba el ver tan completo abandono y destrucción.

—Qué quereis; le contestó: estamos algo aislados como habreis podido observar, y como estas montañas están pobladas de gentes que no temen ni á Dios ni al diablo, no hacemos vano alarde de lo poco que poseemos. Los objetos de algun valor los escondemos en los subterráneos: además habeis de saber que en la llanura, cerca de Catania, tenemos otro convento.

—Ah! Lo ignoraba. ¿Con que teneis otro monasterio?

—Ahora examinad vos mismo vuestro equipaje para que podais decir al superior, que es el mismo que me habeis entregado.

—Eso es muy fácil: un baul, un saco de noche, y un maletín donde está mi bolsillo.

—Es decir; tres objetos ó bultos: no es gran cosa.

—Es muy suficiente: ¡ah! y las pistolas.

—Bien: esperad aquí; dijo el portero haciendo entrar al conde en una especie de celdilla: el superior estará de vuelta de su jubileo antes de media hora.

El portero iba á salir pero el conde le detuvo.

—Decid amigo: ¿no podré bajar á la cocina mientras llega el prior?

Advertid que puedo dar buenos consejos al cocinero.

—A fé mia que no veo inconveniente en ello: esperadme aquí; voi á poner á buen recaudo vuestro equipaje, y vuelvo al momento para conducirlos á la cocina. ¡Ah! se me olvidaba: ¿cuánto dinero teneis en el bolsillo?

—Tres mil seiscientos veinte ducados.

—Tres mil seiscientos veinte ducados! bien está.

—Parece un buen sugeto, murmuró el conde viendo alejarse al portero cargado con su equipaje: es un excelente hombre sin duda alguna.

Diez minutos despues el portero estaba de vuelta.

—Si quereis bajar á la cocina, podeis seguirme.

—Con mucho gusto.

El conde siguió de nuevo al portero, que le condujo á la cocina del convento.

El hogar estaba bien guarnecido; todos los hornillos humeaban, y gran número de cacerolas hervian por todas partes.

—Bien, dijo el alemán parándose en el último escalon y abrazando de una ojeada aquel espectáculo succulento. Bien: parece que no he llegado

en día de ayuno. Buenas noches, hermano cocinero, buenas noches.

Este recibió al conde con toda la deferencia debida, pues estaba prevenido de su rango, y de la alta recomendacion de que venia provisto.

El conde se aprovechó del buen recibimiento para levantar las coberteras de todas las cacerolas, y probar de todas las salsas.

De repente abalanzóse hácia el cocinero que iba á echar sal á una tortilla, y le arrancó de las manos el plato donde tenia los huevos.

—¡Qué diablos vas hacer, buen hombre! exclamó el conde.

—Cómo qué voy á hacer?

—Si, infeliz! ¿qué es lo que ibas á hacer? le preguntó.

—Iba á echar sal á la tortilla.

—Pero, desgraciado! ¿ignoras acaso que ya no se echa sal á las tortillas?

El cocinero admirado de aquella escena inesperada, quedóse mirando al conde de hito en hito sin responder una palabra.

—Atrasado estás, amigo mio, muy atrasado; prosiguió el alemán. Ahora se echa azúcar ó confituras, ó cosa semejante en vez de sal.

—Vamos, vamos, dejemos chanzas á un lado: dijo al fin el cocinero tratando de quitarle el plato.

—Cómo chanzas? No por cierto, de ningún modo: yo soy el que ha de hacer la tortilla. Ea, dame confituras.

—Seria chistoso!, murmuró el cocinero acariaciando el mango de asta del ancho y afilado cuchillo de cocina.

—Chistoso, eh? replicó el conde: lo raro, lo estravagante, lo fuera de razon seria echar sal... Ea, ea, anda listo y dame azúcar.

El cocinero que no debia ser muy sufrido, se acercó al conde con el cuchillo casi desenvainado, y cojiéndole del brazo le gritó:

—Señor mio, soltad ese plato, ó de lo contrario yo os haré ver quien manda aquí.

—Quien manda aquí soy yo: contestó una voz. Qué es lo que sucede?

Ambos contendientes se volvieron; un fraile de cuarenta á cuarenta y cinco años estaba de pie en la escalera. Era robusto, de alta estatura, y tenia la fisonomia dura é imperiosa de los que están acostumbrados á mandar y ser obedecidos.

—El gefe! exclamó el cocinero soltando el brazo del conde.

—Ah! dijo el conde: este es el prior? Buenas noches, señor prior, continuó adelantándose hacia el fraile: habeis de saber que teneis un cocinero que ignora como se hacen las tortillas.

—Sois el conde de Weder? preguntó el fraile en alemán correcto.

—Si, señor prior, contestó sin soltar el plato en que estaban los huevos, ni el tenedor con que se disponia á batirlos: soy el conde de Weder en persona.

—Luego sois el portador de la carta que me ha entregado el hermano portero.

—Yo mismo.

—Seais bien venido, señor conde.

El conde saludó con una inclinación de cabeza.

—Siento muchísimo, señor conde, prosiguió el fraile, que la situación aislada del convento, tan lejos de toda vivienda humana, nos impida obsequiaros cual deseais; pero somos pobres solitarios, y espero que nos disimulareis si nuestra mesa no es ni de las más delicadas, ni de las mejor servidas.

—Qué es eso de mal servidas? Al contrario, se me figura que la cena es excelente, y cuando haya hecho mi tortilla con confituras....

—Pero, señor, dijo el cocinero.

—Dad confituras al señor, y dejadle que componga su tortilla como mejor le parezca.

El cocinero obedeció sin pronunciar una palabra.

—En el interin, señor conde, obrad con entera libertad: cuando hayais concluido la tortilla, subid; arriba os espero.

—Es negocio de cinco minutos: mientras tanto podeis mandar que pongan la mesa.

—Lo ois, hermano? dijo el fraile al cocinero: haced que sirvan.

Y subió la escalera.

Un instante despues bajaron dos legos y se pusieron á disposicion del cocinero.

Durante este tiempo el conde aderezaba su tortilla; concluida la cual subió á su vez.

El superior lo esperaba rodeado de su comunidad que se componia de una veintena de hermanos, en un refectorio perfectamente iluminado, y en cuyo centro se veia una mesa bien servida.

El conde quedó admirado del exquisito trabajo del magnifico servicio de oro y plata, y de la finura del mantel y servilletas.

El convento habia entresacado lo mejor de su tesoro, y puéstolo á disposicion del conde por consideración á su rango y á la carta de recomendación de que fué portador.

En cuanto al estado de la habitacion, observábase un contraste singular entre su aspecto ruinoso y el prodigioso lujo de la mesa.

Véase además un completo arsenal de carabinas pintorescamente colocadas á lo largo del muro.

El conde abrazó este extraño espectáculo con una rápida mirada, y no pudo menos de admirarse de la sublime abnegación de aquellos pobres frailes, que poseyendo un tesoro como el que tenia á la vista, vivian espuestos á mil peligros, y casi á la intemperie como los piadosos y antiguos eremitas del Carmelo y la Tebaida.

El superior observó su admiración.

—Señor conde, le dijo sonriéndose: disimuladnos la mala cena y peor cama que encontreis en esta santa casa. Puede ser que os hayan pintado el interior de nuestro convento como un lugar de delicias; así nos juzga el mundo, señor conde. Sin embargo, creo que cuando volvais al siglo nos hareis justicia.

—A fé mia, señor prior, que yo no veo por qué razón he de quejarme de la cena, segun las muestras. A menos que el vino...

—Oh! tocante á eso, tranquilizaos: los vinos son exquisitos.

—Siendo así es cuanto necesitamos.

—Ahora solo temo que nuestros modales os parezcan poco monacales. Por ejemplo: tenemos la costumbre de no comer nunca sin que cada uno de nosotros tenga un par de pistolas cerca de su plato: esta es una precaucion necesaria para los que vivimos en un sitio tan retirado de todo lugar habitado, y espero que nos disimulareis el que, á pesar de vuestra presencia, no dejemos de observar esta costumbre.

Diciendo esto el superior remangó los hábitos y sacó de su cintura un magnifico par de pistolas, que colocó á los dos lados de su plato.

—Muy bien, señor prior: las pistolas son las amigas del hombre aunque sea benedictino. También yo llevo siempre otro par. Oh! y es admirable la semejanza de mis pistolas con las vuestras.

—Puede ser, respondió el prior gravemente: son excelentes armas que he hecho traer de Alemania: son de la fábrica de los Kuckerenteir.

—De los Kuckerenteir? Las mias son de la misma fábrica.

—Qué casualidad!

—Sí, sí, haced que las suban: abajo están con mi equipaje: las compararemos.

—Despues de la cena, conde, despues de la cena. Sentaos frente á mí, ahí; perfectamente.

Sabeis rezar el Benedicite?

—Lo supe en otro tiempo; pero lo he olvidado.

—Tanto peor, pues contaba con vos para rezarlo; pero por hoy nos pasaremos sin él.

—Sí, sí, nos pasaremos sin él; repitió el conde que era de muy buen componer en esta materia.

Y efectivamente engulló su plato de sopa sin necesidad de Benedicite, siguiendo su ejemplo los demás frailes.

Apenas concluyó, le presentó el superior una botella.

—Gustad ese vino.

El conde, que juzgó se trataba de catar un vino selecto, llenó un gran vaso, lo tomó en las manos y examinó por un instante á la luz de una bugia el liquido amarillo como el ámbar.

Acercólo luego á su boca, y lo paladeó con la voluptuosa lentitud de un gastrónomo.

—Esto es admirable, exclamó; yo creia conocer todos los vinos... A la verdad, prosiguió vaciando el vaso, que me es del todo desconocido: á menos que sea *madera* de alguna viña desconocida...

—Ese vino se llama *marsalá*, señor conde: un vino poco conocido; pero que sin embargo merece serlo. Oh! nuestra pobre Sicilia encierra muchos tesoros ignorados como este.

—Cómo decís que se llama? preguntó el conde llenando otro vaso.

—*Marsalá*.

—*Marsalá!* muy bien. Os aseguro que es exquisito y que compraré de él á la primera ocasion. Se vende muy caro?

—Una lira diez y seis botellas.

—Cómo, cómo?

—Diez y seis botellas por una lira.

—Oh! oh! exclamó el conde admirado. Vivis en un paraíso terrestre, mi querido prior. Amigo mío, yo ya no salgo del convento. Desde mañana me hago benedictino.

—Muchas gracias, conde, por la preferencia. Cuando gustéis os recibiremos en nuestra orden.

—Diez y seis botellas por una lira! murmuró el conde llenando el vaso por tercera vez.

—Debo advertiros que ese vino tiene sus defectos, dijo el superior.

—Defectos! Imposible que semejante vino sea defectuoso.

—Si, señor, los tiene. Ese vino ataca á la cabeza.

—Ja! ja! contestó el conde riéndose. Apostaría á beberme un azumbre, y quedarme tan fresco como si hubiese bebido un vaso de jarabe de grosellas.

—En ese caso, añadió el superior, manejaos como queráis; pero os prevengo que tenemos otros vinos tan buenos ó mejores.

En virtud de este permiso el conde comenzó á comer y beber como un verdadero alemán.

Los frailes, escitados por su prior, no quisieron que un extranjero los dejase atrás, de modo que muy pronto cesó el religioso silencio observado al principiar la comida.

Primero empezaron las conversaciones en voz baja con el vecino, y luego se generalizaron entre todos en voz alta.

Al segundo servicio cada cual gritaba por su lado, y se empezaban ya á relatar aventuras las mas estrañas que pudieran oirse en una comunidad religiosa.

Por poco que el conde comprendiese el siciliano, no dejaba de conocer que en la conversacion se mezclaban continuamente relaciones de empresas atrevidas llevadas á cabo por ladrones y salteadores; conventos saqueados, gendarmes ahorcados, religiosas robadas.

Pero en esto no veia el conde nada de particular, considerando que el aislamiento y soledad en que vivian aquellos santos benedictinos, les habria obligado contra su voluntad á ser testigos de semejantes escenas.

Entretanto corria el *marsalá* con abundancia sin perjuicio del *Siracusa seco*, del *moscatel* de Calabria y de la *malvasia* de Lipari.

A pesar de la fuerte complexion del cerebro del conde, sus ojos comenzaron á cubrirse de un velo espeso, y su lengua ya no pronunciaba tan claramente las palabras.

Entonces los monólogos se sucedieron á las conversaciones, cediendo aquellos á su vez su lugar á las canciones.

El conde que queria mantenerse á la misma altura que los frailes, buscaba en su repertorio anacreónico alguna cancion que estuviese en armonia con la situacion, y no encontrando otra cosa mejor que la cancion de *los ladrones* de Schiller, empezó á cantar á voz en grito el famoso *Stehlen*,

morden, huren volgen, al cual se le figuraba que contestaban los frailes con ruidosas aclamaciones.

Al poco tiempo creyó el conde que el aposento comenzaba á dar vueltas, con bugias, mesas, vasos y botellas.

Luego se le figuró que los frailes se desnudaban los hábitos y aparecian vestidos de bandidos.

Aquellos semblantes ascéticos cambiaban de carácter y se veian iluminados de una alegría feroz: la comida degeneraba en orgia.

En el interin no cesaban de llenar y vaciar vasos enormes de vinos siempre nuevos y cada vez mas espirituosos; vinos cogidos en Peterno, ó en las bodegas de los dominios de Ali-Reale.

Golpeaban en la mesa con botellas vacias pidiendo otras llenas; y al golpear caian las bugias mezclando sus pedazos y su aceite, al vino y pedazos de vasos y botellas. El fuego entonces se comunicaba á los manteles, y de estos á las mesas, y en vez de apagarlo arrojaban para alimentarlo sillas, bancos, ropas y papeles.

En un momento las mesas con su servicio se convirtieron en una hoguera brillante en cuyo derredor los frailes trasformados en bandidos danzaban semejantes á demonios.

Finalmente, en medio de este conciliábulo infernal, de esta barahunda frenética, dejóse oír la voz del superior, que con acento terrible gritó.

—*Il monacho! il monacho!*

Ruidosas y generales aclamaciones acogieron esta demanda: abrióse una puerta, y doce jóvenes religiosas aparecieron en la escena conducidas por seis bandidos.

Esta aparicion produjo horribles ahullidos de alegría.

Aquellas puras vírgenes del Señor, criaturas inocentes que apenas contaban diez y seis años, permanecian pálidas, mudas de terror, sin poder adivinar la horrible suerte que las esperaba.

Semejantes á tímidos corderos apiñabanse unas con otras, como si con aquella union pudieran oponer alguna resistencia.

Sus hermosísimos ojos alzados al cielo, estaban velados por brillantes lágrimas vertidas en silencioso lloro; y sus purpurinos y virginales labios balbuceaban alguna ferviente súplica al Dios de los cielos.

El conde veia todo esto como en sueños, y le parecia que una fuerza sobrehumana lo mantenía clavado en su asiento.

Los bandidos dando saltos como la pantera cuando se arroja sobre su presa, se lanzaron á la vez sobre las religiosas.

Entonces el conde oyó gritos desgarradores, vió volar hechos pedazos girones de los hábitos de las monjas; viólas luchar desesperadamente con los bandidos, descubierto su blanco seno, maceados sus torneados brazos, cuyas fuerzas no bastaban á resistir las de sus desapiadados violadores.

Creyó que el prior queria hacerse oír para ordenar aquel horrible sacrificio del pudor, bajo reglas concertadas sin duda de antemano con los

suyos; pero su voz se perdía en medio del clamor general y no consiguió ser obedecido.

Se le figuró al conde, que el superior empuñaba los famosos *kukereinter* tan parecidos á los suyos: creyó oír dos detonaciones de armas de fuego, y cerró los ojos deslumbrado con la viva luz de la llama.

Al volverlos á abrir vió sangre: dos bandidos se revolcaban tendidos en un rincón y ahullando horriblemente... las infelices monjas completamente desnudas sin dar señales de vida... quiso el conde acudir en su auxilio... hizo un esfuerzo supremo para levantarse; pero le flaquearon las piernas, cayó pesadamente al suelo, cerró los ojos, y quedóse profundamente dormido.

Estaba borracho.

Cuando se despertó de aquel sueño letárgico, el día estaba muy avanzado: frotóse los ojos, se esperezó y miró en su derredor.

Hallábase acostado bajo un árbol, en el lindero del bosque, teniendo á su derecha á Nicolossi, Pedara á su izquierda, delante á Catania, y tras de Catania el mar.

Se le figuró haber pasado la noche al raso tendido sobre su muelle lecho de arena, la cabeza reclinada sobre el maletín, y por dosel la inmensidad de un cielo azul.

De nada se acordó al principio.

Poco á poco su memoria por medio de una operación lenta y penosa, le comenzó á recordar su salida de Catania, los temores y dudas del mulatero, la llegada al convento, su disputa con el cocinero, la acogida del prior, la cena, el *marsalá*, los frailes, las canciones, los bandidos, la orgia, las monjas y los pistoletazos.

Miró de nuevo en su derredor, y vió su baul, su saco de noche y su maletín.

Abrió este último y encontró su cartera, su pipa de espuma de mar, su bolsa de tabaco y su bolsillo; su bolsillo con los tres mil seiscientos veinte ducados, y un billete que decía así:

«Señor conde: siento mucho separarme de vos tan bruscamente; pero una expedición de la mas alta importancia nos llama hácia Cefali. Espero que no olvidareis la hospitalidad que habeis recibido de los benedictinos de *San Nicolo sull' Etna*, y que si volveis á Roma, suplicareis á mi señor Morossini que no olvide en sus oraciones á estos pobres pecadores. Encontrareis á vuestro lado todo vuestro equipaje, escepto los *Kukereinter* que me tomo la libertad de guardarlos como un recuerdo vuestro.—D. GAETANO, prior de S. Nicolás el Viejo.—16 de Octubre de 1806.»

El conde se puso en marcha completamente aturdido.

Cuando llegó á Nicolossi encontró todo el pueblo en conmoción, pues la víspera habia sido saqueado el convento de Santa Clara, y llevadas las doce novicias mas jóvenes y hermosas, sin que pudiera descubrirse su paradero.

NOVIEMBRE.

Dos años despues se leía en el *Allgemein Zeitung*, periódico alemán, que el famoso capitán de bandidos Gaetano que se habia apoderado del convento de S. Nicolás el Viejo *sull' Etna*, habia sido hecho prisionero con toda su banda, despues de sostener un obstinado y sangriento combate con un regimiento inglés.

Dos días despues fueron todos ahorcados con gran contentamiento de los habitantes de Catania, que no podían esponderse á salir fuera de las murallas.

Aquí concluyó su historieta mi compañero de viaje, y ya el sol se elevaba magestuosamente sobre el último limite del mar.

Dos horas despues, Paolo Gazinotti lloraba de placer en los brazos de su familia.

Aquel día recuerdo haber comido los macarrones mejor condimentados de toda mi vida.

JOSÉ M. DE GOIZUETA.

UNA NOVIA DE PROVECHO.

POR

D. VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

Es la dama que yo adoro
una moza confitera,
tan dulce, tan hechicera,
que me vuelve *mazapan*.
Yo, que cuando me enamoro
con todas mis novias riño,
soy con ella un tierno niño,
un buen muchacho, un buen Juan.

Y al verme así tan propicio
achácanlo á golosina,
porque me engaña la indina
con *azúcar de pilon*.
Si alguna vez la acaricio
con tal amor me lo paga,
que despues ya me empalaga
tanto *merengue* y *turron*.

Yo que en los dedos ¡oh! mengual
las *yemas* solo tenia,
á montones en el día
las pudiera repartir.
Y aunque no probó mi lengua
mas que *jarabe*... de pico,
el mas sustancioso y rico
suelo en el día engullir....

Habla siempre con *dulzura*,
es su boca un *caramelo*,
es de *tocino* de cielo,
y cada diente un *anis*.

¡Qué preciosa dentadura!
Si alguna mancha revela,
usa por polvos *cañela*,
y queda limpia en un tris.

Son de *ángel* sus cabellos,
son sus orejas *rosquillas*,
sus ojos son dos pastillas
imposibles de pintar.
Al llorar, lágrimas de ellos
son *natillas* delicadas,
que descienden instigadas
por mi ansioso paladar.

Las manos encantadoras
de mi cara *Dulcinea*,
son de sabrosa *jalea*,
y sus labios de *acitron*.
Aunque todas las señoras
llevan ahora *manguitos*,
son los suyos mas bonitos
porque de *biscochos* son.

Los pocos ratos que cose
agujas de dulce tiene,
y los hilos que previene
de *huevos hilados* son.
Es mujer que cuando tose
lo hace con tanta fanfarria,
que vierte *miel de la Alcarria*
que endulza mi corazon.

Por alfiler en el pecho
(tales locuras enjendra),
quiere ponerme una *almendra*,
y por sombrero un buen *flan*.
Por si no estoy satisfecho
luego me dá mil *bombones*
para que en vez de botones
me los prenda en el gaban.

Cuando por ser quisquillosa
se enoja y llena de ira,
peras en dulce me tira
que en la boca van á dar.
Y el día que doña Rosa
su buena madre se quema,
con *cangilones de crema*
me acostumbra á saludar.

Ni el dulcísimo Pellico
es mas dulce que su padre;
no hay hombre que no le cuadre,
amigo de todos es.
Sabiendo que no soy rico,
yendo á pedirle la mano
de su hija, muy ufano
me la dió sin interés.

Y dice que haciendo boda,
con la venta del *azúcar*
llegaré á ser otro Fúcar,
gozaré grande caudal.
Y la boda me acomoda
porque si al fin en mi casa

tengo *paciencia* sin tasa,
no lo pasaré muy mal.

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

REVISTA DE MADRID.

El otoño.—*Las ferias.*—*Lo que se va y lo que se viene.*—*Compota de cafés, calles y salones.*—*Gran revista.*—*Baile en palacio.*—*Teatros.*—*Caravanchel y la duquesa de Alba.*—*Sociedades.*—*Paseos.*

Hemos entrado en el otoño: ó como si dijéramos, en la *suegra* de las estaciones.

Nada comparable á este melancólico mosaico de la naturaleza, donde al pie de un monte envuelto entre copos de azulada nieve gentil valle estiende su manto de esmeralda y flores, á quien aun tributan ecos los vientos, murmurios los arroyos y perfumes los arbustos; donde al par de un sol tranquilo y refulgente, sombría nube asola el campo donde se desgaja: donde en tanto que la mar ruje entre el gigantesco oleaje que arroja torrentes de espuma, la luna sobre su trono de estrellas, cruza tranquila á llamar á las puertas de la aurora, como si arrullos fuesen los bramidos de las aguas y ansiedad de besar sus plantas, el torbellino que como la ilusion de un adolescente se eleva y pierde en el vacío.

Pero si esto es triste en los pueblos, en la corte se goza la prerogativa de que nunca tan sombría imájen viene á turbar la apacible calma de los placeres. Y esto no es extraño; en Madrid no hay campos, ni mar, ni valles, ni arroyuelos; la vista se extravía en un horizonte eterno; el corazon se estremece ante una perspectiva árida, inculta, abandonada; pero en cambio hay jardines en las casas, árboles en las calles, fuentes en las plazas, flores en los invernaderos, encantos en todas partes: así es que fuerza es tener la misantropía injerta en el corazon, el hastío en el alma, para fijar la vista en las hojas que por medio de la calle arrastra el viento, cuando tan galanas flores se deslizan en todas direcciones, siempre perfumadas, siempre elocuentes, siempre tentadoras: y sobre todo ¡si hay ferias! Imposible es pedir una miscelánea mas caprichosa, ni mas extravagante que la que ofrecen esos mudos remedos de los pasados siglos, hacinados, revueltos, confundidos, sin principio los unos, sin fin los otros; prendas los mas de dislocadas grandezas; blason los menos de estinguidas glorias; páginas de escándalos, de placeres, lágrimas, risas y dolores; mudos autómatas que á poder expresar el misterio que encierran, motivo habria para sobrecojerse de espanto, ó confundirse de indignacion.

Ved esa plaza.

Es la de Santa Ana.

Bajo el mísero paramento de aquella oscura choza, que tal puede llamarse, ocúltase en lejano rincón rico mueblaje que atrae las miradas de cuantos pasan. Compónese de un tocador sencillo al par que elegante, de algunas sillas bronceadas y de un mullido confidente. Una especie de melancólica impresion hirió las ocultas fibras de nuestra alma al ver aquellos mudos despojos, que acaso en mejores días formasen el compendio de alguna misteriosa felicidad. Preocupados con tal idea, nos acercamos á una especie de bruja del Machbet, guardiana de las codiciadas joyas.

—Diga, V., buena mujer, ¿cuánto vale ese mueblaje?

—Señor, con buena conciencia, veinte duros.

—Los vale. Y ¿á quién han pertenecido?

—Oh! es historia larga.

—Luego ¿V. la sabe?

—Vaya!

—Podría V. contármela?

—Con mil amores. Aunque por no perder tiempo, decirle hé lo mas principal.

—Escucho.

—Hace dos años vivía en Madrid una familia, que no había mas que peir. Padre, madre y una hija mas hermosa que el lucero de la mañana, la componían por completo. Toos cuantos los conocían se desataban en lisonjas de los padres y en admiraciones por la chica. Por aquellos tiempos, empezó á entrar en la casa un hombre que ícian si servía ó no al rey en clase de comendante; pero sea lo que quiera, el caso es que á la chica se le encalabrínó la sesera por el galán que la requiebaba de amores, de tal manera, que los padres que vían la inclinación de la muchacha, y que á ecir verdad, no hacían ascos al mancebo, trataron en comunidad de hablarle, á ver por donde se las campaneaba. Pusidas las cosas de este modo, una noche el padre le preguntó qué miras se llevaba con su hija, pues un ventajoso y concertado matrimonio se había desbecho por él y cosa era de saber á donde iban á parar aquellas misas. El galán que no era lerdo, ni pizca de tonto tenía en los pelos de su cabeza, ni se mordía la lengua, ni atar se dejaba las manos, le contestó que su única felicidad sería eternamente estar unido á ella: y de estas esplicaderas y las que de sus devaneos les dió la muchacha, he aquí que la cosa fué tomada á pecho, y arreglada la boda para despues de dos semanas. La chica estaba loca de fantasia: el dote era grande; la casa arreglaa con too el gusto imaginable; los padres como peonzas de alegres; y en fin, el mancebo tocando ya el cielo con las manos. Llegó por fin el día; los preparativos estaban apañados, las uñas de gato (escribanos) prevenios y too ya apercebió pa la cirimonia nucial, cuando hete aquí que la chica recibe una carta iciéndole que el hombre con quien iba á matrimoniarse tenía mujer propia y tres hijos. Ah, señor! tal no le hubieran dicho: la probe niña cayó reonda como una pelota, y solo se levantó para largarse á la sepoltu-

ra. El padre y la madre ya viejos y achacosos, tardaron poco en seguir á su hija: y entonces un heredero me vendió esos muebles, que eran los que estaban destinados para el cuarto de la señorita. En cambio, ahí tiene V. esos que están al lado, los cuales me vendió una señora casada antes de escaparse del lado de su marido, que á la verdad, á la verdad, tenía mas de santo que de hombre.

Y la vieja calló.

La historia me había parecido tan terrible como verídica.

La unión de aquellos muebles, destellos unos de una felicidad desvanecida apenas creada; despojos otros de una infamia apenas combinada cuando ya decidida, honda impresion causaron en mi espíritu.

Sali de allí. Entonces diferentes objetos volvieron á herir mi vista, y revueltas historias á surgir en mi mente. Por donde quiera que se cruce, por cualquier parte que se vaya, rastros patentes, vivos, elocuentes del talento, del amor, de la gloria, del placer, del capricho, de la avaricia, de la vanidad, del lujo, de la miseria se estienden en todas direcciones. Los cuadros que adornaron los lienzos del voluptuoso gabinete de una meretriz, vense á veces envueltos con el casto cendal de alguna virgen hermosura; aquí enseres de elevadas dignidades yacen revueltos con los miserables harapos de algún leproso ó algún vagamundo; mas allá las alfombras, los espejos, los muebles de palo santo, los ricos y caprichosos cortinajes de algún palacio, forman grupos con las viejas esteras, las desvencijadas sillas, los apollillados armarios y los quebrados cristales de alguna boardilla. Por todas partes el sarcasmo del lujo; por todos sitios la realidad de la miseria.

Las ferias, pues, no tienen mas atractivo en la coronada villa, que los juguetes para los niños; las frutas para los glotones; la variedad para los forasteros y el paseo para los amantes. La calle de Alcalá es la elegida como mas céntrica y en mas consonancia con la tradicion para esta clase de espectáculo. Se pasea, se habla, se fuma, se mira, se empuja, se pisa, se come y se requiebra hasta que entrada la noche, cada mochuelo se va á su olivo. Sin embargo, sin darnos la razon de ello, este año que el tiempo en general ha sido bonancible, que ni el cólera nos ha visitado, ni epidemias nos han confundido, la desanimación ha sido grande, la falta de gente mucha, el fastidio completo. Pero ¿qué importa? las ferias ya se han ido; el otoño se está acabando, y nosotros ansiosos de que concluya su peregrinación, porque ella es la señal de venida de todas esas bandadas de desvandadas palomas que buyen de este árido desierto apenas mediada la primavera, para buscar en las frescas auras del Océano, ó en las dulcísimas brisas de las Vascongadas, alivio al pensamiento, vida al corazón, ilusiones al espíritu, y que quiéran ó no quieran, siempre formarán las mas gratas armonías de

nuestra existencia: los mas voluptuosos fantasmas de nuestros ensueños.

Entonces es cuando la corte es corte; cuando todo adquiere vida, cuando todo gira á través del prisma encantador de los placeres.

Se habla en las calles, se miente en los cafés, se baila en los salones, se goza en los teatros. Al par de graves cuestiones políticas, un epigrama á los ojos, al aire, á la desenvoltura de la dama que cruza por el lado, escita la hilaridad de los oyentes: las disputas se suceden sin interrupcion; se habla de amores, del juego, de política, de placeres, de *soarés*, de galanteos; y todo revuelto, confundido, amasado entre las vaporosas emanaciones del café ó las azuladas nubes del cigarro. Pero hoy por hoy, Madrid no es Madrid: es sí un villorrio con muchas calles silenciosas y sucias, ó como si dijéramos, un nido deshabitado, donde ni se ven mujeres que embriaguen con su hermosura, ni espectáculos que entretengan, ni paseos ó salones donde recrearse muellemente.

La revista pasada hace dias por la reina en las dehesas de los Caravancheles, á los seis ú ocho mil hombres que formaron, estuvo concurridísima. La reina vestía una levita corta, abierta por el pecho, con las insignias en cuello y mangas de capitán general, además del toison de oro; un sombrero tricornio ó apuntado, completaba el traje. Lucido cortejo de generales, edecanes, y escolta seguía á los reales esposos, que montaban briosos y gallardos alazanes.

Después de la revista se efectuaron algunas maniobras, parodiando una batalla; teniéndose que deplorar las fuertes contusiones de dos artilleros, que estando cargando el cañon, sufrieron la descarga de este, disparado sin saberse como, habiéndosele tenido que operar al uno un brazo y conducido al otro al hospital, donde quizá haya espirado ya. Concluido todo, la comitiva pasó á una elegante tienda de campaña adornada con blasones de nuestras antiguas glorias, donde se la sirvió un magnífico buffet. A las nueve de la noche entraban las tropas en Madrid de regreso á sus cuarteles.

En cuanto al baile, solo diremos lo que todos han dicho: que nada dejó que desear. Este se efectúa en el salon de columnas, pasada la sala del trono. El espectáculo que ofrece es magnífico, asombroso. Espejos de cuerpo entero embutidos entre naranjos naturales de un perfume embriagador: torrentes de luz multiplicándose en las gigantescas lunas hasta un horizonte indefinido; la blanca alfombra que parece un copo de nieve caído sobre el magnífico pavimento; los frescos del techo, obra maestra del arte; los trajes, las mil elegantes damas radiantes de pedrería; tenues estrellas eclipsadas por tan peregrinas hermosuras; las dulces notas de la música; la vaguedad de la hora, el encanto de la dicha, todo ofrece un irresistible encanto al pensamiento, una sublime idealidad al corazón.

De una á dos se abrió el buffet.

A las cuatro dió fin el baile.

Para el 19 del próximo mes se anuncia otro. Allá veremos. Por lo demás, fuera de este ú otro parecido espectáculo, el teatro es por ahora el refugio de todos los pecadores.

Hay seis abiertos: Real, Circo, Zarzuela, Príncipe, Variedades y Paul. De todos, los únicos concurridos son los tres primeros. La compañía del teatro Real ha gustado. La Penco no ha podido presentarse aun por haber cojido una pulmonía al salir de palacio una de estas últimas noches, donde habia ido á cantar. Se estrena con *La Traviata*.

El Circo ha dado una comedia original del Sr. Cisneros, titulada *El Ramo de oliva*. El público se rió. Es la justa compensacion de los tres reales de entrada. El autor fué saludado en el palco escénico. Arjona lo hizo á pedir de boca.

En el Príncipe continúa el Sr. Eguilaz poniendo sus obras en escena; pero el público no quiere verlas. Se ha cansado ya de seguidillas y declamaciones.

La Zarzuela se ha estrenado por fin con el *Sodmbulo*; una *cantata* y una *alegoría*. Todo ello pertenece al género churrigueresco; es detestable. El teatro es bonito; los cimientos se echaron en Febrero ó Marzo; el 10 se ha dado la primera funcion. Esto es fabricar al vapor.

De sociedades poco ó nada. La quinta de Caravanchel, posesion de la Sra. Condesa de Montijo, y rico verjel de pocas, pero escojidas hermosuras, se despidió hace pocos dias con una bellísima funcion en su no menos bellissimo teatro, donde la Duquesa de Alba, actriz consumada especialmente en *vaudevilles* franceses, y el Sr. Ventura de la Vega, no menos consumado actor, lucieron sus nada comunes prendas teatrales. Después se refrescó, se bailó luego, y de cuatro á cinco de la mañana quedó disuelta y citada la aristocrática sociedad para los *soirées* de invierno en la coronada villa. Los Caravancheles distarán dos leguas de la corte.

Se espera con ansia el segundo *debut* de los salones del Sr. Muñoz del Monte. Y con razon. Pocas sociedades ofrecen el interés y el buen tono que esta. Tambien empieza á formalizarse los miércoles la de la Sra. de Sarabia. Esta descuella tanto por la figura de la señora y señorita de la casa, cuanto por las lindísimas señoritas que la componen.

El Retiro empieza á ser el paseo de moda.

Madrid no ofrece mas novedades por ahora.

S. DE MOBELLAN.

UNA PERDICION.

(Reminiscencias del Solitario.)

Con dos chirlos en la cara,
un agujero en la geta,

algo reventon un ojo,
y un chichon en la mollera,

Curro, el rey de Andalucía,
terror de todas sus tierras,
inteligente en presidios
y vencedor en pendencias,

estaba una noche hablando
con Maruja en la taberna:
Maruja! el garbo del mundo,
animadora de piedras

que hace Lázaros los muertos
tan solo con su presencia:
Maruja! iman de los jaques,
prototipo de las hembras,

para todo hombre leona,
solo para Curro oveja.
Son dos ascuas sus dos ojos;
son dos globos su pechera;

dos copos sus piés, sus manos
dos manojos de mosquetas,
sus cabellos hilos de ébano,
su boca clavel con perlas:

en el hoyo de su barba
amor y el céfiro juegan;
el sol su frente por celos
con rayos de su luz tuesta;

y tan bella es su cintura
que, cuando acaso pasea,
cien millones de deseos
van columpiándose en ella.

Curro estaba como digo
con Maruja en la taberna,
cuando á mojar la palabra
entró el Lobo de Antequera.

Al Lobo le cubre un chirlo
de la frente á la gorguera,
que en vez de chirlo de á jeme
parece chirlo de á terciá.

(Alborotóse la espuma
de su honra pendenciera
y por nata de su honra
media cara perdió en ella.)

Llevaba el sombrero gacho
cubriendo la ceja izquierda
y el embozo de la capa
le llegaba hasta la oreja.

Un chicote de virginia,
prisionero de sus muelas,
precedía con su lumbre
de la boca á la humareda;

y entre un colmillo y un diente
de vez en cuando y con treguas
el terne Lobo escupía
con pulcritud y limpieza.

Entró el Lobo, vió á Maruja,
y... ¡busca espresiones, lengua!
que el Lobo tiene recuerdos
de cuatro años de fecha;

cuatro años que él en presidio
pesando ha estado cadenas.
Pidió vino al tabernero,
tiró el sombrero á una mesa,

quitóse el embozo: el vino
llegó, y con gran ligereza
un vaso llenando al punto
fué, y dijo á Maruja:—Prenda!

dicen que un veneno grande
otro mas chico destempla:
quitale el veneno al vaso
para que yo me lo beba.

—Caracoles! dijo Curro.
—Que si quieres! dijo ella:
á ver! Curro!... Mas no dijo
que ya Curro era una fiera.

Abroquelóse en su capa
y, haciendo en los dientes presa,
abrió un estrago de hierro
y le gritó al Lobo:—Guerra!

El Lobo tomando el gacho
de escudo en la mano izquierda
sacó un parte-rebanadas
que chispeaba centellas.

—A la barriga te empujo!
—Defiéndete sin cabeza!
—Mandria!

—Barro!

—Mantecoso!

—No te huyas!

—No te tuerzas!

—Se acabó el mundo.

—Acabóse.

—Echa sangre!

—Tripas suelta!

—Abrenuncio!

—Sursum corda!

—Que te recen!

—No te entierran?

Alzóse Maruja entonces,
que muy sentada estuviera,
y con calma y señorío
echó mano á la cabeza,

y entre los dos contendientes
tiró... una horquilla! Si Elena
en Troya lo hubiera hecho
cesara en su enojo Grecia.

Fué la horquilla una montaña;
un rayo fué: los atletas
inmóviles se quedaron
con las armas en las diestras,



y ella llevando una mano
á la abultada cadera
y adelantando á los jaques
un pie y parte de una pierna.

que si estuviera hecha á torno
menos redonda estuviera,
les dijo:—Paz, caballeros!
no es justo que se perezcan,

ni se maten ni se aquellen
por cosa tan moridera:
que si ustedes se despachan
¿qué valor queda en la tierra?

Yo soy la causa: pues bueno!
yo soy el lance; pues ea!
sabe, Lobo, que te quise;
mas luego quise tu ausencia:

y tú, Curro, que quien muda
de consejo es la prudenta:
eres sobrado valiente;
hoy lo he visto: tiendo velas!

Que puedes con tanto brio
de un *mientes*! dejarme muerta.
Vaya! Con Dios! La del humo!
Iguales quedais: paciencia!

Y echándose el manto negro
por cima de las hombreras,
navegando sobre el talle
tras de sí dejó la puerta.

Miráronse el Lobo y Curro
cuando ella estuvo ya fuera,
y dijo Curro:—Caramba!
Y dijo el Lobo:—Canela!

Y Curro añadió:—Ven, Lobo,
vale mas oro que pesas!
Eres valiente, eres firme,
hijo al fin del señor Grenas.

Ella una loca: bien dijo!
Es poca cosa esa perra
para matarse dos hombres
de tal peso y tales fuerzas:

abrázame! El Lobo al punto
esclamó:—Mas fija es esa
que el lucerito del alba;
abrázame.

—Aprieta!

—Aprieta!

—Y ahora á beber. Y luego
gloriosos con sus proezas
olvidaron á Maruja
destripando diez botellas.

IRUZU XILEFED-AGÁ.

NUEVO MANUAL DE SEÑORITAS.

Del arte de hacer canastillos y vestitos de todas clases.

Reuno en este artículo estas graciosas labores, tan diferentes sin embargo; pero cuando en la época de unos cumpleaños ó pascuas, se quiere hacer algunos de estos canastillos, se me agradecerá haberlos así reunido para darlos á eleccion.

Los indico por orden de antigüedad, lo que no es una recomendacion para los primeros; pero es una razon para que estos sean pronto los mas nuevos.

Canastillos de felpilla.

Se emplea casi siempre la felpilla de algodón para hermostear los canastillos de carton ó mimbre: unas veces se ponen en ellos flores; otras, y son las mas, basta con cubrirlos de felpilla de dos colores, morada y verde, ó verde y rosa. Se empieza primeramente por cercar los anillos del canastillo con una doble espiral de colores escogidos (por ejemplo amarillo y morado). Lo mismo se hace con el borde exterior y con la cubierta ó tapa (si es que la tiene); despues se hacen partir en líneas diagonales de derecha á izquierda unas hebras de felpilla amarilla al rededor de las paredes ó caras del canastillo; se vuelve al punto por donde se ha empezado, y se describen otras diagonales de izquierda á derecha con felpilla morada; esto produce unos cuadros romboides muy vistosos; se ribetea por abajo con una línea recta de felpilla tambien morada, pegada en redondo al rededor del canastillo. Se fija en seguida sobre el intervalo de mimbre que forma comunmente el pie de los canastillos otra felpilla amarilla cosida por debajo con seda del mismo color, cuyas puntadas la hacen describir dientes poco profundos y redondos. Tómese despues otra felpilla morada, se cose lo mismo, y de modo que el contorno convexo de sus hondas ó dientes se encuentre opuesto al contorno cóncavo de los de la felpilla amarilla, y reciprocamente, lo que formará una linda cadeneta de dos colores. Se termina el borde del pie del canastillo con una espiral igualmente de felpilla, como se hace con los anillos ó cercos.

En cuanto á las tapas de los canastillos, se pueden cubrir del mismo modo que ellos; pero se pueden poner en ellas flores de colores análogos, como aurículas, junquillos, pensamientos, que se hacen con flores artificiales mezcladas con bordado.

Para los canastillos y cestitos menos elegantes basta adornar los anillos, el pie y el contorno exterior. Otras veces se borda en el medio de las paredes una guirnalda de hojas anchas verdes, entre las que se hacen salir pequeños troncos que se coronan con tres pequeñas bolitas apiñadas de felpilla encarnada para figurar guindas. Muchas veces la guirnalda es simplemente de hojas, otras tam-

bien representa flores de toda especie; pero esto conviene solo á los canastillos redondos. Cuando estos son de tafetan, se borda de antemano este con felpilla, sea á punto tendido, ó bien á punto ahorrado, sea con la mezcla de flores artificiales. Para hacer estas últimas hay que aplicar á las paredes una capa de algodón sin torcer, que se ahueca mas en donde se encuentran las flores. Se coloca en seguida el raso al rededor de las paredes, y se cose á punto por encima largo y algo tendido, se cortan los pedazos escudentes, y se coloca una felpilla á lo largo sobre este cosido, cuidando de estirarlo bien al principio y al fin, para que no se vea ninguna puntada. Se cuida de escogerla poblada; pero es aun mejor sujetarla de trecho en trecho con algunas puntadas de seda del mismo color, que se ocultan en la pelusilla. La tapa del canastillo se rellena de algodón, se cubre con raso y se guarnece con felpilla de la misma hechura.

Se hacen canastillos de raso de color de rosa ó azul celeste, cuyas costuras y orillas se guarnecen con uno ó varios cordoncillos de felpilla de uno ó dos colores unidos, una felpilla blanca, y la otra parecida al fondo del raso. Lo mas frecuente es poner esta en espiral, como ya hemos explicado. Para colocarla en espiral ó en líneas ondulosas sobre las costuras, es menester primeramente pasar la felpilla por los mimbres ó espartos; despues haciendo un doblez al raso, coserlo al canastillo, clavando perpendicularmente la aguja alternativamente por debajo y por encima de él. Hay que separar lo mas que sea posible la felpilla en esta operacion, primero para no cojer la pelusilla, y segundo para que volviendo á su lugar oculte bien la costura del raso. Esto exige mucho cuidado. Es mejor hacer la costura del raso como lo he explicado primeramente, despues coser la espiral de felpilla, clavando tambien de trecho en trecho perpendicularmente la aguja en los mimbres. Es sabido que cada puntada de seda debe, abrazando la felpilla, ocultarse entre su pelusilla.

Canastillos de cintitas entrelazadas.

El modo de hacerlos es el siguiente: tómense dos ovillos de cintilla de raso, iguales ó de dos colores; pero siempre delicados, como blanco y azul celeste, blanco y verde claro. Supongamos que se ha escogido blanco y color de rosa, se principia por rellenar de algodón el canastillo: este algodón se cubre con una muselina ordinaria que se cose al rededor de la tapa y de las paredes. Dicha muselina se pone para impedir que incomode el algodón, y se vea este cuando las cintas se desunen con el tiempo y el uso. Terminada esta preparacion se cosen á lo largo de la tapa ó cubierta, por el lado que está pegada al canastillo, una serie de cintas colocadas en plano y cosidas con punto por encima tendido. Estas deben ser alternativamente blancas y de color de rosa, y puestas unas despues de otras, sin que entre ellas quede algun intervalo y sin doblez en su costura. A medida que se co-

sen se cortan un poco mas largas que el lado de la tapa, que deben cubrir para no esponerse á que sean muy cortas al fin y tenerlas que cambiar por otras. A medida tambien que se cortan, se estien den de plano y cerca de la cinta precedente, y se sujetan al borde de la tapa con un pequeño alfiler llamado *de toca de monja*. Guarnecida la tapa de este modo en todo su largo, se vuelve el canastillo á lo ancho y se cose una cinta de color de rosa á uno de los lados laterales de la tapa, que estará entonces á vuestro frente sobre las rodillas; el otro lado estará contra el vientre. Se cose esta cinta lo mas cerca posible del borde, y se pasa alternativamente por debajo y por encima de las ya cosidas á lo largo, de modo que pase por encima de las de color de rosa y por debajo de las blancas. Se continúa de cinta en cinta hasta el fin, es decir, en todo lo largo de la tapa: se tira esta cinta de modo que no quede ni muy floja ni muy tirante, y se cose al lado de la tapa que está contra el vientre. Volviendo en seguida al lado lateral que está sobre las rodillas, se cose al lado de la cinta de color de rosa otra blanca, que se pasa lo mismo por las cintas de lo largo, cuidando de que esta pase por debajo de las de color de rosa y por encima de las blancas. Por último, se operará con esta enteramente como con la que la ha precedido; y así se continuará hasta que lo ancho esté cubierto por una serie de bonitos cuadros de raso alternativamente color de rosa y blancos. Cuando la última cinta esté colocada, se cosen las que se hallan sujetas por los alfileres. Aunque estos ya no deberán estar porque al avanzar se habrán tenido que quitar, sin embargo deben quitarse lo mas tarde posible, para que las cintas permanezcan bien de plano. Para esto es bueno juntarlas mucho al sujetarlas con los alfileres.

Cuando el canastillo esté enteramente cubierto con este lindo tejido, se guarnece con felpilla de color de rosa y blanca, segun los procedimientos explicados. Muchas personas en lugar de la felpilla ponen uno ó dos órdenes de cintas de raso con pliegues *huecos* ó pliegues de *achicorias*. Puesto que la ocasion se presenta, describiré este género de pliegues, mucho mas usándose para hacer todos los panales, sea al rededor de los cuellos, cofias, esclavinas ó vestidos. El modo de ejecutarlo es el siguiente:

Guarnecido de pliegues huecos.

Así como para toda especie de guarnecidos, hay que doblar por medio en dos partes iguales, y despues fijar en medio del objeto que se ha de guarnecer, el punto céntrico de la tira con que se han de hacer los pliegues. Hecho esto, se coloca el objeto (supongamos una esclavina) de plano sobre las rodillas y un poco al biés, la esclavina puesta á la izquierda. Terminados estos preparativos, se aplican el dedo índice y el pulgar derechos sobre el principio de la tira, y se pasa por debajo de ella, entre estos dos dedos, el dedo de enmedio de la

mano izquierda. Se levanta este dedo mas ó menos, segun el tamaño que se quiere dar al pliegue: despues teniendo siempre este entre los dedos derechos, se saca el izquierdo y se aplicará perpendicularmente sobre el medio del pliegue, quitando al mismo tiempo los dedos de la mano derecha: se reemplaza entonces la punta del tercer dedo izquierdo por un punto adelante, y se pasa al lado de este ó un poco mas lejos, segun se quiera, para empezar otro nuevo pliegue, hasta la punta de la tira, cosiendo siempre a punto adelante, de modo que los pliegues puedan juntarse un poco ó estenderse. Obtenido por este medio el *panal*, se cose de plano al canastillo, encogiendo los pliegues, y se colocan en cada ángulo de la tapa un lazo de cinta. Si se quiere obtener un tejido y un panal mas bonitos, empléese cinta dentada. Tambien se pueden colocar en cada cuadrado de color una perlita de oro: esto lo hará mas rico y mas vistoso. El método es simple. Se enhebra una aguja con seda blanca, se levanta un poco un cuadrado y se clava la aguja por debajo, sacándola por el centro de aquel, se ensarta la perlita y se pasa la aguja hacia abajo, y así sucesivamente. Se reemplazan las perlititas con lentejuelas ó lazos al pasado de seda semi-lasa de colores variados.

Tenemos que dar á nuestros lectores una noticia de gran interés y que de seguro nos agradecerán.

El Sr. D. Manuel Breton de los Herberos, esa notabilidad literaria y que tanto honra á nuestro pais, se ha dignado acceder á nuestros ruegos para ser colaborador de LA MODA: y en consecuencia de ello empezamos á insertar en el presente número una COLECCION DE SINÓNIMOS DE LA LENGUA CASTELLANA, escritos espresamente para nuestro periódico.

Además, dicho señor nos favorecerá tambien con algunas poesías, así como con otras composiciones por el estilo de *La Hipocresía del vicio*.

SINÓNIMOS CASTELLANOS (1).

ACOSTARSE, ECHARSE, RECLINARSE, RECOSTARSE.

ACOSTARSE, es meterse formalmente en la cama para dormir ó por estar enfermo. ECHARSE es

(1) La presente publicacion deja á salvo los ulteriores derechos de propiedad que las leyes garantizan al autor para la impresion de ella.

tenderse para descansar, sea en el lecho, sea sobre la yerba ó en otra parte, sin que haya precisamente ánimo de dormir: aunque tambien en este sentido suele usarse familiarmente la voz, sobre todo, cuando se alude á dormir la siesta. RECLINARSE es procurar el reposo y aun el sueño, dejando el cuerpo, estirándolo en lo posible; tomando en fin la postura mas cómoda que permita el sillón, sofá ú otro mueble donde la *reclinacion* se intenta: cabe esta tambien estando de rodillas y aun de pie, cuando hay donde apoyarse. En el *acostarse* se supone ordinariamente el propósito de dormir, bien medio sentado, medio tendido, como el que se *reclina* (que para esto son sinónimos los dos verbos); bien *echándose* á la larga en cama ó cosa que la supla; pero por poco tiempo y sin desnudarse del todo,

ACOSTUMBRAR, SOLER.

En conceptos afirmativos, la accion de ACOSTUMBRAR es mas reiterada, mas habitual que la de SOLER. «El amo *acostumbra* á comer á las cinco de la tarde:» quiere decir que siempre come á esa hora y no á otra; y sustituyendo *suele* á *acostumbra*, se da á entender que lo hace algunos ó muchos dias, pero no todos. En conceptos negativos, uno y otro verbo espresan de ordinario la misma idea: por ejemplo, «no *suelo* retirarme, no *acostumbro* á retirarme á deshora», son cláusulas que denotan igualmente el cuidado que tengo de recogerme temprano.

Por otra parte, el significado de *acostumbrar* solo se adapta á hombres y animales, individual ó colectiva, directa ó indirectamente, porque solo los seres vivientes pueden tener hábitos ó *costumbres*, al paso que *soler* se aplica indistintamente á lo animado y á lo inanimado. No hablará pues con propiedad el que diga: v. g. «las uvas *acostumbran* á madurar en Setiembre: en Vizcaya *acostumbra* á llover mucho».

Aun con referencia á las acciones humanas, cuando se habla indeterminadamente se prefiere el otro verbo, como: «en tal trozo de camino se *suele* robar, ó *suelen* salir ladrones á los caminantes».

En cambio de esto, *acostumbrar* no es defectivo y *soler* lo es en muchos tiempos, y aun en modos enteros, como el imperativo y el infinitivo, usándose únicamente en este último para dar una denominacion al mismo verbo. Además, aquel, usado como recíproco, rije nombres y verbos. («Me *acostumbro* á la caza, le *acostumbro* á cazar»); y *soler* en ningún concepto se puede usar sino co-

mo determinante de otro verbo. Por último, con el auxilio del artículo en terminacion neutra, *acostumbrar* espresa un pensamiento completo, aunque elípticamente (lo *acostumbro*), y con decir, lo *suelo*, sin mas esplicacion, no diríamos nada.

ACTOR, COMEDIANTE, CÓMICO, FARSANTE, HISTRION, REPRESENTANTE.

Hubo un tiempo en que todos estos nombres fueron sinónimos, y puede decirse que lo son todavía en cuanto á denotar unos y otros la persona que ejerce el arte escénico, ó sea de la declamacion; pero, por un lado la metáfora, bella y socorrida figura, de que es lástima se abuse tanto; por otro, la malicia de las gentes que no pertenecen al teatro, ó la delicadeza y el puntillo de los que trabajan en él, han asignado diversa significacion á tales vocablos.

ACTOR es el que mejor suena, y por lo mismo el de que mas se agradan los interesados. El de COMICO lo toleran, porque se lo endosan todavía, sin la menor intencion de denigrarlos, muchas personas. El de COMEDIANTE les hace ya fruncir las cejas y mirar de mal talante á quien lo articula, porque modernamente se designan con él, mas bien los vicios ó los defectos del *actor* que sus méritos y buenas dotes. Ellos mismos motejan de *comediantes* á aquellos de sus compañeros que moral ó artísticamente desacreditan la profesion. Lo de FARSANTE y de HISTRION lo toman por insulto, y con razon, porque en el dia rara vez se califica de este modo aun á los *comediantes* mas menguados, y lo ordinario es zaherir con semejantes espresiones á los que, no en un coliseo cualquiera, sino en el gran teatro del mundo viven de enredos, embustes, tramoyas, *farsas*, en fin, de las cuales son á la vez autores y *actores*; á los proteos en politica, á los hipócritas en religion; á todo género de embaucadores, que con aparentes virtudes seducen á la sencilla ignorancia, y benefician para sí como una mina la credulidad del vulgo. El titulo de *representantes* apenas se da á los sucesores de Rueda, de Amarilis y de Maiquez, desde que (además de incluir otras aplicaciones que nada tienen que ver con el teatro) se concede por antonomasia á los ciudadanos que, con mas ó menos acierto y con mas ó menos libertad, eligen los pueblos para que los *representen* en públicas asambleas.

ACHACOSO, DELICADO, ENCLENQUE, ENFERMIZO, VALETUDINARIO.

Que no lo pasa bien de salud el cuitado á quien
NOVIEMBRE.

sea aplicable alguno de dichos nombres, es evidente; pero solo en este concepto general son sinónimos.

Entre el individuo ACHACOSO y el VALETUDINARIO hay muchos puntos de semejanza: ambos arrastran una existencia penosa; pero atendiendo probablemente, aun sin apercibirnos de ello, á la etimología respectiva de estas dicciones, parece que consideramos en el *achacoso* las dolencias constantes ó los *achagues* crónicos que padece, y en el *valetudinario* la poca salud (*valetudo*) que le permiten gozar sus ayes continuos.

La falta de salud en el DELICADO puede ser temporal y puede ser permanente: una persona que está hoy *delicada*, puede mañana estar sana y fuerte: la que es *delicada* por su complexion, solo á fuerza de cuidados y privaciones puede aspirar á una mediana salud: la del ENFERMIZO es mas intercadente, está mas espuesto á necesitar del médico: el *delicado*, si no se cuida, fácilmente se *indispone*; el *enfermizo*, cuidándose ó no, siempre corre peligro de *enfermar*. El ENCLENQUE es un *enfermizo* de privilegio, que apenas medio convalece de una enfermedad, cuando otra le acomete. Además, consideramos en él, no tanto los males de que adolece con frecuencia, como el estado de postracion é inutilidad á que le reducen.

ADAMADO, AFEMINADO.

Aquellos á quienes se aplican estos nombres tienen cualidades mas o menos semejantes á las mujeres, con la diferencia de que mereciendo el primero, se parecen á ellas mas bien en lo fisico que en lo moral: y al contrario cuando se les moteja con el segundo.

No es generalmente una injuria; antes suele tomarse á gala el titulo de ADAMADO; pero el otro se toma siempre en mala parte. Lo *adamado* consiste en tener facciones, formas, y aun maneras delicadas, suaves, femeniles, que pueden no ser incompatibles con la dignidad de hombre; lo AFEMINADO, en afectar los dengues y monadas del bello sexo, en remedar, hasta donde cabe, sus costumbres, participar de su natural timidez, y aun exagerarla; aunque tal amaricamiento sea ridiculo contraste de una varonil apariencia.

Hay hombres de figura *adamada* que de nadie se dejarían insultar impunemente: los hay capaces de acometer arduas y hasta heroicas empresas. Lindo y atildado fué como una dama Alcibiades, y no por eso dejó de ser en la ocasion capitán insigne. Por el contrario, hay hombres... decimos mal, hay entes con la textura de Alcides, que de todos los trofeos de este, solo co-

dician la rueca; fariseos, que se asustan de su sombra, patagones que al oír un trueno, ó solo con ver una cara de pocos amigos se desmayan.

Lo *afeminado* (de *femina*; hembra), dice relación con el sexo *femenino* en general: lo *adamado* (de *domina*, dama), con la parte mas distinguida y pulcra del mismo sexo. Por esta razón puede haber y hay en efecto *mujeres adamadas*; lo son todas las que nacidas y criadas en humilde esfera, no han aprendido ni podido aprender los modales y fueros de *damas*; pero han debido á la naturaleza atractivos, á su instinto primores y á la lisonja melindres que las hacen *adamadas*. El otro epíteto solo á seres masculinos en su mayor degradación moral puede adaptarse, y eso hiperbólicamente; porque, mas mujeres que las mujeres mismas, no á ellas, por *semejanza*, los debemos comparar, sino por *contraposición*, á las hembras mal avenidas con las faldas, es decir, á las que merecen el apodo de *marimachos*.

ADEPTO, PROSÉLITO.

Son uno y otro nuevos secuaces de una doctrina, de un partido, de una facción: pero por ADEPTO se entiende mas bien el que voluntariamente se afilia bajo tal ó cual bandera: y por PROSELITO el que es atraído á ella por la seducción, ó con el cebo del interés, ó con la perspectiva de la gloria. Se dice pues *hacer prosélitos*; esto es, reclutarlos, y no se dice lo mismo de los *adeptos*. Unos y otros pueden ser adquiridos clandestinamente; pero esto es mas propio de los *adeptos*, y tambien el que se les mantenga en mayor dependencia respecto de los gefes que á los *prosélitos*, y se les sujete á pruebas y garantías de que á estos las mas veces se dispensa.

LA HIPOCRESIA DEL VICIO.

COMEDIA INEDITA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

DE

D. Manuel Breton de los Herreros.

(CONTINUACION.)

Escena IV.

INES.

INES. ¡Hé aquí un marido!... Y así

de los doce son los diez.
Neciamente confiado
en que he de guardarle fé,
no porque Dios me lo manda;
sino por ser él quien es,
al borde del precipicio
me conduce; y si mi pié
resbalase, ¡a mí y á Dios
acusaria despues!
Ah! quien así compromete
la virtud de una mujer,
olvida que frágil barro
su primer materia fué.
Tentó el diablo á la primera
incitándola á comer
de aquella fruta vedada:
cara le costó; lo sé;
mas como tantas la imitan,
es natural suponer
que, aunque le sentara mal,
sin duda le supo bien.
Acaso aquella serpiente,
ministro de Lucifer,
algo nos dejó en herencia
de su diabólica piel,
y como el cuarto enemigo
de nuestra alma suele ser
nuestro marido, y él solo
trabaja mas que los tres,
ya el demonio con nosotras
no tiene nada que hacer.—
Pero quizá mis escrúpulos
sobrada importancia den
á un chasco de carnaval.
¡Tengo á mi amo tanta ley!...
Ni es empresa tan difícil
representar mi papel.
He leído las novelas
de Federico Soulié.

(Mirándose á un espejo.)

Mi palmito es muy decente,
si esa luna no es infiel;
y para tener mi talle
gentileza y morbidez
jamás ha necesitado
suplementos al corsé.

(D. Torcuato dentro.)

Le esperaré soy de casa.

(Inés sobresaltada y apartándose del espejo.)

Ah! ¿Quién entra...?

(Aparecen)

D. Torcuato y Felisa en traje de camino.)

Cielos! ¿Quién...?

Escena V.

FELISA, D. TORCUATO, INES.

FEL. ¡Qué linda jóven! (Saludando.)
Señora...
D. TOR. Señora, estoy á los piés...
INES. (Saludando.) Señorita... Caballero...
FEL. Dispense usted...
INES. No hay de qué...

FEL. Que hayamos entrado aquí con tal franqueza. A saber que había señora en casa, hubiéramos...

INES. (Qué diré?)

FEL. Pedido antes la debida licencia...

INES. No es menester.

D. TOR. Ya se vé; tal confianza nos inspira don Miguel, que usted no debe estrañar...
(A Felisa aparte.)

Se turba.

INES. (¡En lindo belén me he metido!) (Ofreciéndoles sillas.)
Ruego á ustedes...
(Cogida estov en la red.)

D. TOR. (Aparte con Felisa, sin sentarse ninguno de los dos.)
Hum!... Aquí hay maula.

FEL. Quién sabe?...

INES. (¿Principiará el entremés desde ahora? Dudo... Temo...)

D. TOR. No se maraville usted de ver nuestra cortedad. Mucho tiempo ha que no sé de Miguelito... Ignoraba... Usted será su mujer?

INES. (Ay, Dios mío!...) No, señor.

D. TOR. Pues cómo!...

INES. Es decir... Soy... Eh?

D. TOR. Pues criada, mucho menos: que lo desmiente ese tren.

INES. Ni uno ni otro.

D. TOR. Ni uno ni otro?

INES. Soy... (Diré alguna sandez.)

D. TOR. (Tomando del brazo á Felisa.)
Basta. Vámonos de aquí. Harto ha dicho ya quien es.

INES. (¡Cómo me afligé y me insulta con su risita cruel!)
Respete usted mi silencio y no sea descortés.
Soy quien soy... y basta.

D. TOR. (A Felisa llevándosela.) Y sobra. Vámonos. Aquí no estás bien.

INES. Ni aquí perdería nada aunque fuese hija de un rey, ni á mí me importa un ardite que se vaya ó que se esté.
(No diría mas la dama de El desden con el desden.)

FEL. Con todo.

D. TOR. No le respondas, que es rebajarse...

INES. Por qué?

Ya me canso de sufrir que un quidam sea mi juez.

D. TOR. Un quidam!...

INES. ¿Con qué derecho, preguntaré yo también, entra usted en casa ajena

echando fieros? A ver?

D. TOR. Voto á!... Don Torcuato Ruiz no podrá?...

INES. Qué ha dicho usted! Don Torcuato? El de Manila? Justo Dios!...

D. TOR. El mismo.

INES. ¡Aquel á quien tan justos elogios prodigó mas de una vez don Miguelito!... Oh sorpresa! (A Felisa.) Y usted?... Ya caigo... Oh placer! Del cielo han bajado ustedes á salvarme á mí y á él.

FEL. Qué oigo!

D. TOR. Cómo?...

FEL. Qué peligro?...

INES. El lujo que ustedes ven, disfraza á la humilde sierva de un elegante doncel que tiene — ¡lástima grande! — la cabeza á componer. Afortunado galán de una dama de alta prez, la ha sacado de un convento escalando la pared.

D. TOR. Oyes? Bien temia yo...

INES. Así se lo hace creer, á sus cándidos amigos; pero de tanto babel, no hay mas verdad que estos dijes y este traje de moaré. Esa imaginaria Elena que él pondría en un dosel, soy yo... El me llama Adelaida, pero yo me llamo Inés.

D. TOR. Está visto; es un perverso.

FEL. No; un trонера, un cascabel.

INES. Ni aun eso. Tres años ha que le conozco, y doy fé de sus nobles sentimientos, de su alma pura y sin hiel. Mas, sin ser hombre vicioso, hoy lo quiere parecer; vanidad de nuevo género que le ha inspirado Luzbel. Juro á Dios que he reusado una vez y dos y cien de ser su supuesta victima la ilustre ridiculez; mas me vi tan hostigada y tal su despecho fué, que temiendo una catástrofe hube de decir amen. Ahora que tan dignos huéspedes me redimen de este Argel, den ustedes su permiso á Adelaida la de Uclés para trocar estas galas por sus trapitos de ayer.

Escena VI.

D. TORCUATO. FELISA.

D. TOR. Lo ves? Al pié de la letra se cumplió mi vaticinio. Miguel en la última carta que tuvo á bien escribirnos nos noticiaba la muerte del buen don Claudio su tío, y que le dejó una renta de seis mil ducados limpios de polvo y paja. Temiendo que, libre, inexperto y rico, en la corte se perdiese, le rogué con mucho ahínco que volviese á Filipinas. ¿Se dignó siquiera el pícaro de contestarnos? A mí no me sorprendió su inicuo proceder; que, veterano en el náutico ejercicio, sé que sin timon ni brújula zozobra el mejor navío. Tú, en la venturosa edad en que vence al raciocinio el sentimiento, y estraña á la corrupcion del siglo, de su corazon juzgaste, niña, por el tuyo mismo. Estará ausente, decias; las cartas se habrán perdido; ya le creias enfermo, ya le llorabas cautivo, y hasta á rezarle difunto llegaba tu desvarío. Por fin, cuando ya era tiempo de condenarle al olvido, te empeñaste en arrostrar del hondo mar los peligros en busca de un ingrato de tanta ternura indigno. Yo que, avaro del tesoro que me confió un amigo, temblé por primera vez al contemplar los abismos del piélago proceloso, que iba á atravesar contigo, en vano luché, Felisa, contra tu loco designio. Lloraste, y al ver tus lágrimas lloró también como un niño....; sí, lloró, pese al demonio, este intrépido marino que cuenta veinte abordajes en su hoja de servicios. Cedi.—¿Qué habia de hacer?— aunque pudiera impedirlo: pero tan hecho me tienes á obedecer tus caprichos que, mas bien que tu tutor, creo que soy tu pupilo.

FEL. No será inútil el viaje caro tutor, si venimos á tiempo de corregir el juvenil extravío de Miguel y le salvamos al borde del precipicio.

D. TOR. ¿Qué caso ha de hacer de mí un trонера, un libertino sin ley, sin freno....

FEL. No tal. Según lo que Inés ha dicho, solo es malo en la apariencia, y volverá al buen camino si uno y otro con blandura, le exhortamos....

D. TOR. No transijo. No sienta bien en mi rostro al sol y al aire curtido la cortesana sonrisa; ni en los labios de un marino sonarian bien las pláticas de un fraile de San Francisco. Tan luego como le vea le diré cuántas son cinco. Si se enmienda, buen provecho; serémos buenos amigos: si mi áspera reprimenda no le hace mella, desisto: policía habrá en Madrid que cumpla con él su oficio. Sentiré que un mequetrefe ose mancillar el limpio nombre que heredó Felisa; mas si tal es su destino, lleve el diablo lo que es suyo; nada le doy ni le quito.

FEL. Quien le oyera á usted diria que es un tigre, un basilisco; pero yo, que tantas pruebas de amor, tantos beneficios le debo desde mi infancia, formo de usted muy distinto concepto. *(Vá anocheciendo por grados.)*

D. TOR. Tú eres un ángel y Miguel es un perdido: por eso á Miguel detesto y á tí te amo con delirio.

FEL. Pues yo, señor don Torcuato, tengo sobrados motivos para interceder por él.

D. TOR. Cierto, pero...

FEL. Y no permito que siendo á él como á mí necesario el patrocinio de usted, él vea un padrastró en quien yo veo un padrino. Mal puede quererme á mí quien odia lo que yo estimo, y declaro desde ahora que, si usted solo conmigo ha de ser dulce y amable, le aborrezco y me emancipo.

D. TOR. Aborrecerme! Tú, ingrata!...

que no me ames... lo concibo.
No inspira tiernos afectos
sino, tal vez, á sus hijos,
si Dios se los dá, un cristiano
que se acerca á medio siglo;
pero si fuese verdad
lo que tu labio me ha dicho,
Dios te pedirá cuenta
de tan infame delito.

FEL. (¡Qué fervor!... Será posible?...)
No tome usted tan al vivo
palabras sin consecuencia.
¡Yo aborrecer á mi digno
tutor! Jamás.

D. TOR. Tú lo acabas
de decir.

FEL. Pues me desdigo.

D. TOR. Pero hablas de emanciparte,
y al pensarlo me horrorizo.
¿Tan pesado es para ti
el yugo de mi cariño?

FEL. No, sino grato en extremo;
(le sondearé) y tan benigno
cual lo fuera el de aquel padre
que desde el celeste empyreo
nos bendice: pero, al fin,
aunque por él no suspiro
llegará, señor, un día
en que... (Se turba) otros vínculos...

D. TOR. Basta; lo sé. Ni presumas
que por mi necio egoismo...
de tutor, pudiera yo
imponerte un sacrificio
doloroso. Bien conozco
que sería desatino
emparedar en un claustro
tan soberanos hechizos.
Pero es una pobre gracia
que un padre, ó, lo que es lo mismo,
un tutor, que por ventura
no se ha vaciado en el tipo
de los que finge el teatro,
tierno, vigilante, asiduo,
crie á una linda muchacha
para algun barbilampíño
casquivano, petulante,
afeminado, enfermizo,
que con sus manos lavadas
y á pretexto de que es lindo
se la lleve... Qué! te ries?

FEL. Pero, señor!...

D. TOR. (¡El suplicio
de Tántalo...)

FEL. ¿Soy tan loca
que al primer advenedizo
piense dar mi corazón?
No, no; viva usted tranquilo.
A fuer de dócil pupila,
nada haré sin el permiso
de mi querido tutor...
En cuanto á Miguel, exijo...
(Sonriéndose.)
Sí, exijo que no apelemos

á un rigor mal entendido
hasta que infructuosos sean
otros medios mas pacíficos.
Antes que acuda al cauterio,
un médico reflexivo
aplica al miembro doliente
saludables lenitivos;
y por valerme de un símil
propio del noble ejercicio
en que mi amable tutor
tantos lauros ha adquirido,
pegarle fuego es mal modo
de carenar un navío...

D. TOR. Si á ti te dejan hablar...
(Me maneja como á un niño.)

FEL. ¿No digo bien?

D. TOR. Eh! tal vez...
Pero sí, sí; ¡vive Cristo
que sí!

FEL. Lo mejor sería
apelar á un artificio
inocente...

D. TOR. Sí.

FEL. Miguel
no sabe que hemos venido.
Cerrada estaba su casa
de Madrid, y á los vecinos
que las señas nos han dado
de esta quinta no hemos dicho
quiénes somos: era yo
cuando él á la Europa vino
tan niña, que conocerme
no podrá; á usted no le ha visto
jamás, y los dos de incógnito...
(Se continuará.)

LA CRUZ DE LOS SUSPIROS.

I.

A pocas leguas de Sevilla, y en el mismo sitio
en que en el día se eleva una magnífica quinta,
existia no hace muchos años, una modesta casa
de campo, morada de unos ricos labradores de
aquella comarca. Difícil fuera encontrar en toda
la hermosa Andalucía una posición mas poética y
pintoresca que la que ocupaba la mencionada ca-
sa; cercada por tres de sus lados por frondosos y
poblados árboles frutales, el otro le besaba el
Guadalquivir con su plateada corriente, y desde
cualquiera de sus ventanas se distinguían per-
diéndose en el horizonte inmensas llanuras, cu-
biertas de verdes y matizadas alfombras.

En esta casa de campo vivía Rosa.

Rosa contaba diez y seis años: era una niña
de ojos lánguidos y azules, de larga y poblada
cabellera rubia, de talle de sílfide y de semblante
de ángel. Su corazón, tan hermoso como su cara,

se regocijaba con las alegrías de los demás: sufría con cuantos se acercaban á contarla sus penas.

Por eso era conocida de todos los habitantes del contorno con el nombre de *la buena Rosita*.

II.

Ninguna felicidad puede compararse á la que Rosa disfrutaba al lado de sus padres: mecida aun por los dulces sueños de la infancia, nada deseaba, á nada aspiraba: su única pasión eran las flores de su jardín, su sólo deseo era la felicidad de cuantos conocía.

Una tarde en que la hermosa niña estaba como otras veces contemplando su hechicera imagen en la límpida corriente del río, principió el cielo á nublarse, un vendabal furioso amenazaba arrancar de raíz los árboles vecinos, y el tranquilo espejo en que Rosa se miraba se tornó en agitado torrente cuyas irritadas ondas, salvaran atrevidas su arenosa valla.

Rosa corrió asustada á encerrarse en su habitación.

III.

La tempestad era horrorosa:

Un caballero envuelto en un largo ropon de viaje, y seguido de un criado, que del diestro conducía dos caballos cuyo valor y belleza no era bastante á ocultar el lodo de que estaban cubiertos, se acercó á la puerta de la casa y pidió hospitalidad á los padres de Rosa.

Estos se la concedieron.

Cuando el viajero entró en el gabinete, en que toda la familia se hallaba de rodillas delante de una imagen haciendo oración para que cesase la tormenta, dejó caer el sobre todo que le cubría y mostró su figura elegante cual ninguna.

Vestía uniforme y llevaba charreteras de capitán.

IV.

Eduardo, que así se llamaba el viajero, se enamoró de Rosa desde el primer instante en que la vió.

La tempestad se prolongó hasta bien entrada la noche.

Hubiera sido una imprudencia esponerse con la oscuridad á los peligros de un largo viaje.

Esto hizo que Eduardo pasase aquella noche en la casa de Rosa.

Y al día siguiente amaneció muerto uno de los caballos del viajero, lo que le obligó á detenerse algunos días mas.

V.

El rostro de la niña empezó á ponerse pálido.

Largas meditaciones parecían ocuparla, y pasaban horas enteras con la vista fija en el azulado espacio.

Abandonó sus flores, que sin las caricias de su

alabastrina mano empezaron á caer una á una marchitas y deshojadas.

Pasaba los días llorando y las noches presa de ensueños terribles.

Hay quien dice que algunas veces resbalaba en sus labios el nombre de Eduardo.

Pero Eduardo estaba muy lejos: una casualidad le había hecho atravesar aquellos desconocidos lugares, y cumplida la misión que á ellas le condujera había vuelto á su regimiento.

Su regimiento estaba en la isla de Cuba, en la isla de Cuba donde el ingrato Eduardo no se acordaba de Rosa. De Rosa que le amaba! De Rosa á quien había engañado!

Sin embargo le había prometido volver!

VI.

Rosa iba todas las tardes á la cumbre de un monte desde la que se distinguía el mar.

Cada punto blanco que descubría sobre las olas se le figuraba ser el afortunado vajel que le devolvía á su amante.

La ilusión desaparecía cuando le miraba alejarse, y entonces cuando la bruma de la tarde empezaba á oscurecer los objetos, se arrodillaba al pié de una cruz de piedra elevada en el monte, y anegada en lágrimas, daba al viento suspiros y quejas.

Solo alzaba los nublados ojos cuando las aves acuáticas levantábanse en turbion de la húmeda orilla y tendían el vuelo sobre la inmensidad.

Creía, infeliz! que ellas eran las mensajeras de sus suspiros de amor!

Pasó un año, y dos, y Eduardo no volvió.

VII.

Una noche á las diez, Rosa no había entrado aun en la casa paterna.

Silvaba el huracan azotando las añosas encinas y estrellándose en las peñas. El relámpago iluminaba con siniestro fulgor la revuelta corriente del preñado río, y á la voz de la tempestad contestaban con siniestros ruidos las encrespadas olas de los vecinos mares.

Noche igual á la del primer día en que se vieron Rosa y Eduardo!

En medio de la oscuridad, y cuando el padre de Rosa, que temeroso había salido á buscarla, se acercó á la cruz, un relámpago mas brillante que los otros, presentó á su vista el cadáver de su desdichada hija.

La cruz estaba rota por el mismo rayo que hirió á Rosa!

VIII.

Desde aquel día todos los que habitan aquellos lugares se descubren respetuosamente al pasar por delante de la mutilada cruz, y todas las niñas de aquellos contornos saben la historia de

Rosa, y llaman á aquella cruz la *Cruz de los suspiros*.

A. S. MARTINEZ DE ROSAS.

LETRILLA.

Que en su casa don Zenon
trague como un tiburón
sin dejar tranquilo un diente,
corriente.
Mas que luego sin espanto
pretenda hacer otro tanto
cuando va á comer de gorra,
que no corra.

Que reclame una modista
su buena paga muy lista
si cose divinamente,
corriente.
Mas que por su linda cara
se quede con una vara
de cada trage que forra,
que no corra.

Que en vez de ser un gallina
en cualquiera tremolina
el hombre sea valiente,
corriente.
Mas que esponiéndose á befas
arme por fas ó por nefas
con todo el mundo camorra,
que no corra.

Que á los quince años Menga
sea tan viva que tenga
su novio correspondiente,
corriente.
Pero que dé en el escollo
de adorar á todo pollo
que sus paseos recorra,
que no corra.

Que con su voz argentina,
jóven, graciosa y divina
nos entusiasme y contente,
corriente.
Pero que cante un gallego
coros de *Jugar con fuego*
y arias del *Valle de Andorra*,
que no corra,

Que mujer bella y risueña
quiera pintar la cigüeña
donde ocasion se presente,
corriente.
Mas que al marido, si ruge,
en la frente le dibuje

señal que nunca se borra,
que no corra.

Que barto del trabajo fiero
el domingo un jornalero
se eche un *trinquis* diligente,
corriente.
Pero que gaste aquel día
con alguna moza impía
cuanto en la semana ahorra,
que no corra.

Que si en la calle hay un cisma
y dos se rompen la crisma
yo los separe prudente,
corriente.
Mas que por calmar su rabia
menospreciando mi labia
me sacudan con la porra,
que no corra.

Que las rosas tengan suégra
siendo bocado que alegra
á todo bicho viviente,
corriente.
Mas que yo por mi fortuna
sin ser rosca tenga una
mas ladina que una zorra,
que no corra.

Que en academia ó congreso
suelte mucho la sin hueso
un orador elocuente,
corriente.
Mas que haya persona lerda
que siendo un cero á la izquierda
hable mas que una cotorra,
que no corra.

Que alargase esta letrilla
si en vez de ser tan sencilla
fuese una cosa excelente,
corriente.
Mas si por ser tan perversos
os infundo con mis versos
galvana, sueño, ó modorra,
que no corra.

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

Solucion del geroglífico anterior.

Los asirios, ó es igual, el pueblo caldeo,
tuvo grande fama por los conocimientos en
la astronomía.

CADIZ: 1856.—Imprenta de la Revista Médica.

COLECCION COMPLETA
DE LAS
OBRAS DE FERNAN CABALLERO.

Se ha publicado el tomo 3.º que comprende la novela titulada:

LA FAMILIA DE ALVAREDA.

Continúa abierta la suscripcion al precio de 8 rs. tomo encuadernado á la francesa y de esmerada impresion. Se vende en la Revista Médica y Librería Española y Estranjera.

POESIAS DE LA SEÑORITA

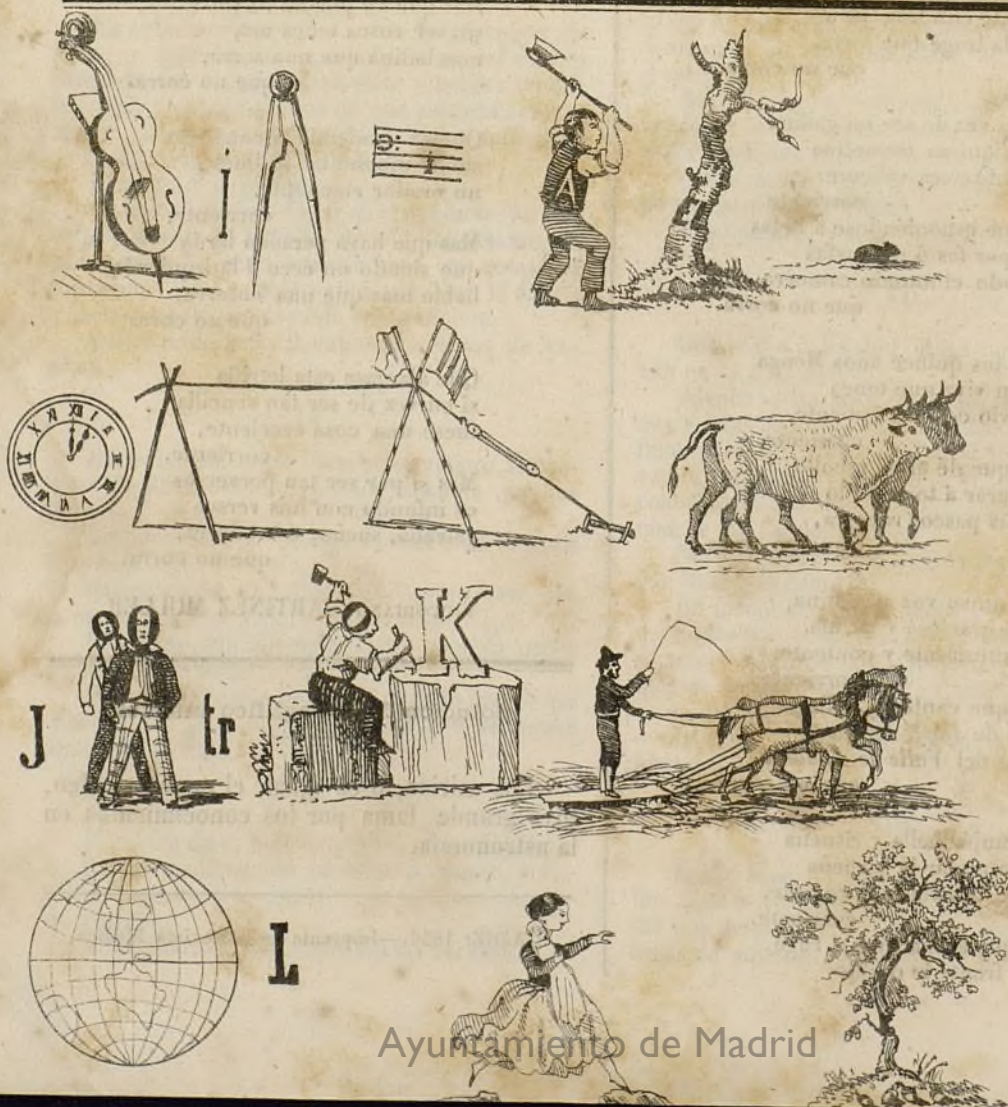
DOÑA ROBUSTIANA ARMIÑO,

Socia de mérito corresponsal del Liceo de la Habana, Socia facultativa del de Badajoz &c.

Constan de dos tomos en 4.º de edicion de lujo y se venden en la Revista Médica y Librería Española y Estranjera.

El precio para los suscritores de LA MODA es el de 19 rs., y 32 para los no suscritores.

Los Sres. Suscritores que residan fuera de Cádiz y quieran la espresada obra, se les remitirá franca de portes, remitiendo 42 sellos de correos de 4 cuartos, ó su equivalente en libranzas de Tesorerías.



Ayuntamiento de Madrid